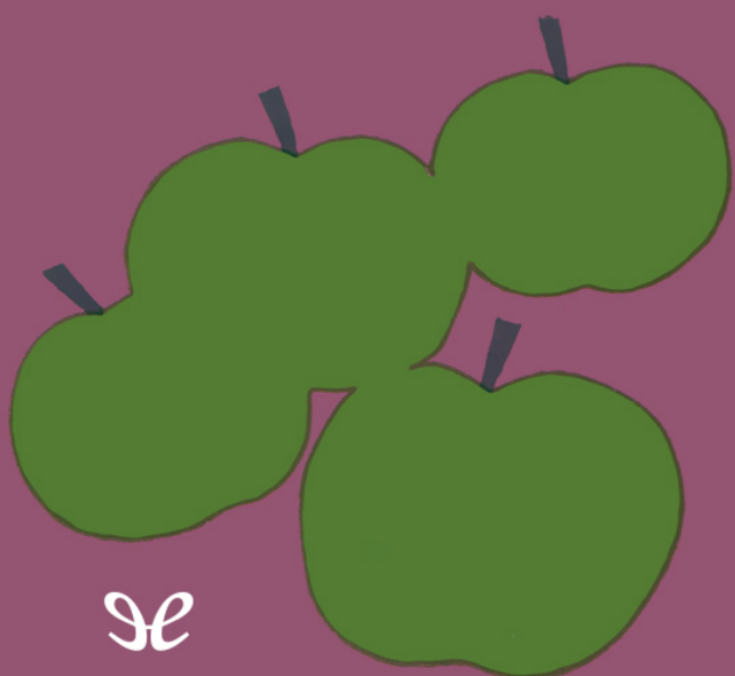
José María Sanjuán

Un puñado de manzanas verdes



José María Sanjuán nació en Barcelona en 1937. Periodista de profesión, viajero infatigable por tierras europeas y africanas, obtuvo a lo largo de su corta carrera literaria innumerables premios periodísticos y literarios, entre los que sobresalen el Premio Sésamo 1963 a su novela corta *Solos para jugar* y la Hucha de Oro 1966 a su cuento *Una nueva luz*. Su obra *Réquiem para todos nosotros*, ganadora del Premio Eugenio Nadal 1967, supuso su consagración y al mismo tiempo la revelación de un extraordinario novelista. Poco tiempo después de la concesión del Premio, aquejado de una enfermedad incurable, fallecía en Pamplona este joven escritor, honesto y sincero, del que desgraciadamente se ven privadas las letras españolas.

Un puñado de manzanas verdes agrupa diez narraciones cortas que giran en torno al tema central de la adolescencia. Las reacciones de los muchachos, su progresivo despertar hacia la vida, sus primeras experiencias como adolescentes dan pie al autor para crear unas páginas llenas de vida. Sanjuán sabe dar a cada anécdota, a cada detalle no sólo la máxima categoría estilística, con trazos sencillos y suaves pero siempre vigorosos, sino también un pálpito de humanidad y ternura que sumerge al lector en un mundo de emocionada nostalgia.

José María Sanjuán

Un puñado de manzanas verdes

Áncora & Delfín - 323

ePub r1.0
Titivillus 20.05.2023

Título original: *Un puñado de manzanas verdes*
José María Sanjuán, 1969
Diseñador de la cubierta: Erwin Bechtold

Editor digital: Titivillus
Muchas gracias a Koriel por el original

ePub base r2.1
Aa

Por primera vez

Estuvo callado durante toda la comida. El padre miró al muchacho, y luego fue la madre la que observó a su hijo. El padre y la madre se miraron después entre sí. Dijeron:

—¿Te ocurre algo?

El muchacho negó con la cabeza. Efectivamente, no le pasaba nada, absolutamente nada. Era una tontería que sus padres estuvieran preocupados. Lo pensó despacio y después sonrió. La sonrisa aquella les hizo bien a sus padres. Y ya no pasó nada más. Cuando el postre, el padre se acercó al hijo.

—Muchacho, si te sucede algo debes decirlo.

—Ya lo sé, padre.

—¿Entonces…?

—Nada, no me pasa nada.

Por la mañana sí, por la mañana sí que le había pasado algo. Total, nada. Un poco de lío en la cabeza, unas palabras del maestro, luego otras palabras de los compañeros. Y el lío. Por la mañana sí que le había pasado algo. Pero ahora no. Ahora sus padres estaban equivocados. Quizá, ahora, lo que le pasaba es que le molestaba la lluvia insistente, el frío aquel o la posibilidad de no poder salir a la calle. Pero de lo otro, del lío que tenía en su cabeza por la mañana, de aquello, ya ni se acordaba. Le sonrió a su padre, y el padre suspiró, sacó su pipa y la llenó hasta tenerla bien prieta y rebosante de tabaco. Suspiró por segunda vez y debió de decir por lo bajo algo así como «¡estos hijos!». Pero nada más.

El muchacho se tranquilizó. Se tranquilizó de que su padre, cuando le miraba, cuando sacó la pipa, y después, cuando dijo algo por lo bajo, no le fuera a adivinar los pensamientos de la mañana, lo que había sucedido en la escuela, con el maestro primero y los

compañeros después. Era como para estar satisfecho. Ahora fue él, el muchacho, el que suspiró y cerró los párpados, como para descansar o como para pensar seguramente.

El maestro, por la mañana, recién entró en la clase, miró con dureza a sus alumnos. Luego se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa llena de polvo. Polvo blanco, de tiza, de encerado. Polvillo blanco y suave. Fuera, en la calle, llovía.

El maestro contempló las cristaleras cubiertas de vaho y después volvió a fulminar a sus alumnos con la mirada.

—Ayer por la noche vi a dos de vosotros fumando en la esquina del mercado.

Un rumor suave se escuchó en la sala. El maestro tomó la varilla, una varilla fina llena de polvillo blanco. Polvillo de tiza, seguramente. Y apretó las manos contra ella.

—¡Los chicos no fuman!

Otra vez el rumor. Esta vez los muchachos se miraron entre sí. El Nico miró a Juan. Y Juan observó al Nito. Y el Nito al Perote. Y el Perote a Carlo. Y Carlo no pudo mirar a nadie, porque era el último de la fila y a su lado estaba ya la pared. De todas formas, miró a la pared, como si se sintiera obligado a hacerlo así. Le dolió a Carlo tener que mirar a la pared y no poder hacerlo a cualquier otro. Como los demás.

El maestro se sacudió un poco el polvillo blanco que tenía en las bocamangas de la chaqueta. Levantó la voz otra vez.

—Ayer por la noche vi a dos de vosotros fumando en la esquina del mercado.

Ya no había rumor en la sala, porque el maestro lo había cortado de cuajo con un golpe de la varilla sobre la mesa. Ahora había un silencio espeso, duro, casi impenetrable, que las palabras no podrían alterarlo. Pero el maestro volvió a insistir.

—¡Los chicos estudian, no fuman!…

Llovía. Eran gotas gordas, las primeras del curso seguramente. Por eso, quizá, la lluvia hacía más efecto.

—¡Y vosotros sois unos críos todavía!

Al Nico aquello le alteró la sangre. Siempre escuchando lo mismo. Siempre aprendiendo la lección de que él era un crío, un chico todavía. Se tentó los brazos y se los encontró duros y fuertes.

Él ya no era un chico, pensó. Pero el maestro seguía hablando en alta voz:

—¡No quiero volver a repetir esto! Vuestro deber es estudiar… ¡nada más!

El maestro comenzó después a explicar la lección. Primero geografía y luego matemáticas, y al final un poco de historia. Pero nadie atendía ya a los ríos y a las cordilleras, ni tampoco a los números mixtos o a los quebrados. La clase entera estaba pendiente «de lo que había pasado la otra noche en la esquina del mercado». ¿Un cigarro? ¿Serían rubios? ¿Serían negros? Carlo pensaba todo esto porque él no había estado presente allí, y le dolió. Como le dolía tener que mirar de reojo a la pared cuando el maestro fulminaba a los alumnos. El maestro volvió a insistir machaconamente en la geografía, en las matemáticas y en un poco de historia. Pero nadie atendía ya a los volcanes o a los océanos; a los números múltiplos o a los quebrados. Solamente pensaban en lo del mercado, la otra noche, entre dos luces quizá.

Al terminar la mañana, el maestro advirtió nuevamente:

—¡Que no vuelva a suceder! ¡Que nadie de vosotros lo vuelva a hacer! ¡Es pecado!…

Y los muchachos notaron dentro el latigazo de la sangre, la duda y el miedo. Y salieron en silencio, naturalmente.

En la calle se reunieron el Nico, el Juan, el Perote y el Nito. Y también el muchacho. El Nico le dijo:

—Tú no estuviste ayer… ¡Fue muy bueno!

—Eran de hebra negra, ¿sabes?

—Sabía como a regaliz, pero más fuerte.

—¡Y como áspero!

El muchacho les sonreía. Tenía que ser bueno, sí, quemar un cigarro y sentir ya cerca de los labios la brasa cálida y aspirar el humo denso y negro.

—¡Fue muy bueno!

—En el mercado, ¡ha dicho bien el maestro!

—Eran de hebra.

—Y al entrar el humo, al tragar, parecía como si se te abriera el pecho. ¡Así de fuerte entraba el tabaco!

El muchacho se turbó. Iba al lado de sus amigos, escuchando las explicaciones que le daban. Llegaron al mercado. El Nito se

adelantó.

—Mira, fue en esta esquina.

El Perote mandó silencio.

—Puede estar espiando, chicos.

—Es verdad. ¡Vámonos!

Miraron con un deje de nostalgia la esquina aquella, llena de carritos de verdura, de hortalizas, de frutas. El Nito le dijo al muchacho:

—Ahora iremos a los desmontes, donde la iglesia vieja.

—¡Fumaremos!

Lo dijo con acento triunfal. Rotundo. Seguro.

—¡Anda, vente con nosotros!

El muchacho dudó.

—El maestro dice…

El Nito no le hizo caso. El Nito estaba sacando ya una petaquita vieja y raída, color de azufre. La abrió despacio y dentro aparecieron como seis o siete cigarrillos. Los ojos de los demás se abrieron de par en par, como si un renovado tesoro apareciera delante de ellos. El muchacho se echó a temblar. Eran hermosos los cigarros, allí, como dormidos dentro de la petaquita color de azufre. El Nito levantó la voz:

—¡Venga! vámonos.

Echaron a correr. El muchacho se quedó en el suelo, como clavado. Los otros se volvieron.

—¡No seas lila, tú!

Callaba.

—¡Ven con nosotros!

Bajó los ojos. Apretó los dientes. Se acordó del maestro.

—¡Corre, tú!

Ya habían dado la vuelta. Ya estarían lejos. En la iglesia vieja. Ahora estarían abriendo una petaquita de color azufre, y cada cual cogería su parte, un cigarrillo negro de hebra. Echó a andar en dirección a su casa. Y se puso a pensar en las palabras del maestro. El maestro tenía razón, pero también tenía razón el Nito cuando decía que ellos ya no eran niños. Evidentemente, eso era verdad. Se miró en la cristalera de una tienda. Estaba crecido, tenía pelusa en la cara… Ya no era un niño. Y le dio rabia no haber ido con los otros a la iglesia vieja, a fumarse un cigarro de la petaquita color

azufre.

Las tardes son largas. Las tardes pesan. Por las tardes hay que preparar las lecciones para el día siguiente. El muchacho tenía un libro de geografía en las rodillas. Pero no estudiaba. No podía estudiar. Su padre le había dicho en la mesa:

—¿Te ocurre algo?

Y él había negado. Naturalmente, siempre ocurre algo; pero no era cosa de decir que él también deseaba estar con los otros y palpar la petaca aquella y fumarse un cigarrillo de hebra. Eso no se podía decir. Pero él se sintió de pronto mayor y no un chico. Y sintió deseos de irse a la calle y viajar, y fumarse todos los días un paquete o dos de cigarrillos de hebra, negros. Su padre le había dicho una vez:

—Muchacho, cuando seas padre comerás huevos.

Y nunca acabó de entender aquello. Su abuela se lo aclaró un día:

—Quiere decir que cuando seas mayor…

Él pensó ahora: «Cuando sea mayor fumaré, claro…». Pero el muchacho, de pronto, se había sentido mayor, fuerte y poderoso. Y sentía mucho no haber ido con los otros, con el Nito y los demás.

Las tardes son largas. Las tardes pesan. Y los libros no aguantan toda la tarde. El muchacho dejó el libro encima de la mesa y tomó el abrigo. Hacía frío. Y seguía lloviendo. Se tentó en los bolsillos y salió a la calle. Estaba solo en su casa y por eso salió a la calle. Sin permiso. Llegó jadeante hasta la mujer que vendía caramelos y baratijas en la esquina.

—¿Cuántos caramelos quieres?

Al muchacho le daba muy fuerte el corazón.

—Quiero cigarros.

—¿Cigarros?

—Sí, quiero dos.

La mujer le miró fijamente. Al muchacho le dolían un poco las piernas.

—Y rubios.

Así siendo rubios, se vengaba de los otros. Era mejor fumar rubio que negro. Los pagó y corrió de nuevo al portal. Cerca de sus dedos la brasa aquella rojiza, y el olor de tabaco rubio subiéndole

hasta la nariz. Cuando terminó el primero, y sin dar tiempo a más, encendió el segundo. Fue a la mitad de éste cuando notó náuseas. Pero se esforzó y siguió. Se dijo:

—Ya no soy un niño. Puedo fumarme dos seguidos…

Le entraron mareos y náuseas y ganas de devolverlo todo. El mundo, ahora, era como una gran bola gigante llena de cigarrillos que daban vueltas y más vueltas, hasta hacerle daño al muchacho. Intentó cerrar los ojos y no pudo. Los párpados le pesaban, y dentro, en el vientre, notaba como una garra que trataba de sacarle las entrañas. Comenzó a llorar.

Por la noche la madre le preguntó:

—¿Te ocurre algo, hijo?

—Nada.

Pero esta vez sí que le pasaba algo. Se disculpó:

—Voy a dormir.

Corrió por el pasillo y se metió en la cama. La voz del padre le despertó del mareo.

—¿Te ocurre algo?

—Nada.

El padre le besó en la frente. El muchacho, luego, le volvió a llamar.

—¿Qué quieres, hijo?

—Quería decirte que siempre tienes razón…

—¿Qué dices?

El muchacho lloraba.

—Tú y el maestro. Los dos. Siempre tenéis razón…

Y cerró los ojos. Y encontró la paz y el sueño. Y ya nada le daba vueltas encima, sobre la cabeza.

VOLVEREMOS A EMPEZAR

CUANDO estuvo cerca de la playa, notando en las plantas de los pies el contacto doloroso de la arena caliente, se acordó más intensamente de la muchacha, quiso llorar. Las cosas estaban claras. La muchacha y él se querían. Nada más. Lo sabían los dos; se lo habían dicho hacía lo menos un año, o antes, quizá dos. Fue en el Paraíso, donde crece la pita y la palmera, en el parque, donde los domingos las gentes del pueblo suben en hilera a destrozar del todo la tarde de fiesta.

Ahora, con el sol de cara y la arena hirviendo bajo sus pies, volvió a recordarlo, y le dolió.

No vale la pena amar, pensó. El Pancho y Caracorta, y los otros, lo entendían mejor. Estaban justamente en su edad. Jugaban, andaban en barca, hurgaban donde los pescadores, removían las piedras buscando cangrejos y cabezones. Era lo justo. Pero él, no; él estaba enamorado de la muchacha, y aquello era lo peor. ¡Si no…!

Cuando pasó por delante de las casetas, el Pancho le gritó:

—¡Tú!, vente para acá…

Fue. El Pancho estaba con los otros, cinco o seis, de la pandilla.

—Vamos a ir a la cala, hay bajamar; ¿te vienes?

Les contestó que no. Serio, rígido, con los pies descalzos.

—El abuelo Mirto nos ha dejado la barca, ¡verás!

Aquello tampoco podía ser cierto. El abuelo Mirto tenía mala sangre. No dejaba la barca así como así, y menos al Pancho y a los otros, que eran piezas de mal coser. Si por lo menos fuera él, pensó. A él le consideraban todos como el muchacho sensato del pueblo. Superior a los niños finos y alargados de la colonia.

—Y luego, al Paraíso. ¡De miedo!

Aquello sí que no. En el Paraíso había conocido a Marta y se

habían dicho muchas cosas bonitas, al atardecer de aquel domingo, cuando las gentes iban deshojando triste, dulce, melancólicamente, la pálida tarde de fiesta.

—Al Paraíso, no.

—Anda, el lila éste…

—Bueno, pues a la cala —terció Caracorta y los otros vocearon.

La conversación se había cortado. Pasaron unas turistas, en traje de baño de dos piezas, llamativo, verde y rojo y algo de negro también. El Pancho le guiñó el ojo al Tula. El Tula se levantó y fue hacia ellas. Les sacó dos duros.

—Para hierba…

—¿Qué?

—Para tabaco, hombre.

No le gustó aquello. Era mejor el paseo lento y silencioso, con la muchacha a su lado. Era mejor que irse a la cala, que embarcar en la canoa del abuelo Mirto. Mejor que abordar a unas extranjeras, mejor que sacarles un par de duros.

—Me voy…

—¿Eh? —el coro voceó lánguidamente.

—Me largo, tengo que hacer…

Sabía que no tenía ya nada que hacer. Ni allí, ni en la playa, ni en el mundo. Pensó que la vida sin la muchacha era como si el cielo no tuviese estrellas o el mar horizonte o el Paraíso gente los domingos por la tarde.

Se alejó de los otros, despacio, lentamente, con la mirada perdida en los millones de puntitos rubios de la arena, con el sol brillando sobre su cabeza, redondo y aplastado contra el cielo. Sintiendo la decepción y la esperanza. Todo al mismo tiempo, agudamente.

Lo pensó bien, varias veces: «El amor lo puede todo, hasta matar. Y yo moriré; es lo mejor.» Todo esto dos meses antes no hubiese tenido sentido. Entonces la vida era distinta, alegre, y él recibía las cartas como billetes de amor. Y la muchacha le contaba cosas maravillosas y entre los dos existía lo que realmente existía desde la tarde aquella del Paraíso. Pero ahora no. Ahora había visto a la muchacha y al señorito besarse. Y aquello era el fin.

Durante todo el año había hecho largos planes en el colegio, en la ciudad. Y había soñado con el verano, con la playa, con los

paseos al atardecer. «Estás más delgado», le decían los profesores. Él pensaba que seguramente sería el amor, y le gustaba que se lo repitiesen una, dos, cien veces seguidas. Luego, en las cartas se lo contaba a Marta: «Me han dicho que estoy más delgado…, y estoy muy contento, porque eso debe de ser señal de que te quiero cada vez más y estamos muy enamorados.» Y le preguntaba a la muchacha si también ella estaba más delgada.

Cuando las vacaciones de Semana Santa, las cosas tomaron otro color. Sus padres le dijeron: «Marta es ya una mujer; tú, un chaval.» Se le sublevó la sangre dentro y quiso fulminar con los ojos a sus padres y a todos. Notó, piernas arriba, el aguijón de la ira, de la humillación. Por la noche se contempló en el espejo. «He crecido», se dijo. «¿Y cómo se les ocurre decir que soy un crío?» Al día siguiente fue a ver a Marta. Efectivamente, estaba hecha una mujer. «Tiene dos años más que tú», le dijo la madre de la muchacha. Él pensaba que eso era lo de menos, que lo importante era la tarde aquella, en el Paraíso, donde crece la palmera y la pita. Por la tarde fueron allí, precisamente, al Paraíso.

—Iremos en grupo, ¿te importa?

—Sí, me importa; quisiera que fuéramos tú y yo solos, como aquel día…

Marta sonrió. Pero aquella era una sonrisa como de compasión, de displicencia, de algo nada bueno. Fueron en pandilla. El Pancho le recriminó el haberse largado con otras gentes, chicos y chicas de otro ambiente, de la colonia.

—Los amigos somos nosotros, no esos lilas.

Pero él quería ir con Marta. Marta apenas si estuvo a su lado.

—¿Ya no me quieres?

—Ya hablaremos mañana —le dedicó una sonrisa.

Cuando volvieron, la madre de la muchacha se puso a organizar parejas para una fiesta, la de Pascua. A Marta le puso con un muchacho alto y fino. Él quedó solo, vacante.

—Tú eres muy crío aún…

Desde entonces, lo había pensado en el colegio luego, las cosas no fueron para mejor. Recibió una sola carta de la muchacha. Pero aún tenía esperanzas, fe en que todo aquello fuese a resolverse. En el verano, pensó. Se atrevería a la muchacha con las notas brillantes de la reválida, con su ciencia en la forma de manejar los bolos,

paseando por el Paraíso otra vez…

Ahora, mirando el mar cara a cara, como un hombre, valientemente, sabía que todo aquello ya no era igual. Sabía que la muchacha no le quería. Ahora, de espaldas al sol, con los pies desnudos, donde la Punta, bajo el faro, sabía que la vida es así. Y pensó que no valía la pena amar, ni querer, ni sufrir por esas cosas. Pero había una cosa clara todavía. Que él y la muchacha se habían amado. Y que él seguía amando a la muchacha.

La arena le hizo daño en las plantas de los pies y apretó los dientes. Siguió con la mirada la curva de la arena hasta el acantilado y luego observó fijamente la distancia hasta el mar, desde su lugar, donde la base del faro. Era una idea que le dominaba desde que había visto a Marta y a su acompañante, de la mano, por el camino alto.

Las aguas estaban quietas, mansas, con una pátina dorada en la superficie, y el sol mirándose en ellas, achatado, rojo y estridente. Las aguas tenían en aquella hora el poderoso atractivo de su entrega, suaves, blandas, como si fuesen una larga e interminable pista hasta el horizonte. Los ojos del muchacho estaban cerrados sobre el vacío. Y el sol, mientras, pegando duro, de firme, tostando la piel a cientos de mujeres en bañadores de dos, de tres colores; bronceando a cientos de hombres también, y al Pancho y a los otros, y quizá a la muchacha y al otro, y…

Abrió los ojos de pronto, se miró sus piernas descubiertas, sus pantalones cortos, pensó en las palabras de sus padres: «Eres un crío; Marta es ya una mujer…» Se acordó del Pancho y de los otros. Era, quizá, lo mejor. Se puso de pie sobre el vacío. Ahora el sol le daba en la cara y le dañaba la vista. Arqueó las cejas y miró hacia la cala. Estaban allí. Echó a correr por la arena, salvando las piedras, gritando. Los alcanzó a punto de subirse a la barca.

—Voy con vosotros.

El Caracorta maniobraba en proa.

—El abuelo Mirto nos la deja, ¿sabes?

Les contestó que bueno. Y sonrió. El sol, ahora, quedaba atrás, y no le hacía daño ni le cegaba. Era como empezar otra vez. Igual.

EL CASCO SOBRE LA CABEZA

Ahora…
Cuando el soldado se afianza bien el casco sobre la cabeza.

LEÓN FELIPE

ENTRARON de nueve en fondo, guías a la derecha. Bajo la mañana tibia, un sol color naranja sobre la cabeza. Pasaron por el portón y avanzaron por el sendero de tierra, amarillo y húmedo. De nueve en fondo, las guías, esta vez, sí, a la derecha. Y luego, en la explanada marcaron el ritmo y el paso; pero sin avanzar, quietos ya. Bajo la orden, bajo el sol muy pálido, bajo el cielo muy blanco.

Quietos y firmes aguantaron la espera. Sin prisas, serios, con el viento fino y raseado que venía del monte. Cierzo, que dijo el sargento. Y de eso el sargento entendía algo. Dijeron lo de «¡Descanso!», y, como un solo hombre, el grupo descansó. Bien, con ganas, pero sin gestos. Pasaron lista, y todos fueron contestando, cuadrándose. Luego rompieron filas y fueron alejándose lentamente, los músculos entumecidos de tanta geometría marcada, de tanto gesto trazado antes, con matemática exactitud, sin libertad.

—¿Y el casco?

—Luego.

Le sonrió. Era joven, un muchacho. La sonrisa era también así: joven, fácil, franca, con algo de ilusión.

—¿Tomarán medidas?

Le miraron. El más viejo le guiñó un ojo a otro. Y entonces el más viejo se dirigió al muchacho y le contestó:

—Tomarán…

Pareció tranquilizarse. Antes en la ciudad los amigos le habían dicho que para la guerra hacen falta cascos, y que los cascos hay que sujetárselos bien y a modo. Que es cosa importante cuando hay refriega.

—Las balas resbalan, ¿verdad, tú?

—Natural.

—¿Rebotan?

—Como en las rocas.

Y el soldado viejo estuvo a punto de reír, pero no lo hizo. Y el muchacho casi lo agradeció, porque lo estaba presintiendo. Sacaron tabaco y liaron los cigarros. A lo lejos una trompeta picó bravucona sobre el campamento. Pero nadie hizo caso del asunto menos el muchacho, que se enderezó.

—Tranquilo.

El viejo hablaba mientras prendía el cigarro tumbado sobre los sacos terreros, los correajes sueltos. Entraba frío en la tienda y el muchacho se frotó las manos con entusiasmo.

—Vendría bien una copa…

—Sí, vendría…

El muchacho pensó en las tardes de la ciudad, ruido y fiesta, y copa de *cognac* en la garganta, y un café y otro. Y así la tarde entera. Y aquello era bueno y sabía bien.

—Entona el cuerpo. ¿A que sí?

—Entona…

El viejo tenía raíces ya. Sabía del oficio tanto o más que el sargento, y quizá más que el capitán. Pero no era ni sargento, ni capitán, ni nada. Solamente soldado. Se enganchó al final del servicio, y ahora seguro que podría ser por lo menos sargento; pero un día se le entonaron demasiado los ánimos, y hubo jarana. Y salió malparado. Por eso ahora no era ni sargento ni capitán. Soldado. Pero era viejo y sabía bien del oficio y de la vida.

—Un café nos vendría bien, ¿eh?

—Sí.

El frío raseado del monte, el cierzo aquel invitaba al café y al *cognac*. Pero allí no había nada de eso. Y esto era lo malo. Por eso

el muchacho se acordaba de la ciudad, y de los amigos de la ciudad, y de las chicas de la ciudad. El otro, no. El otro no quería acordarse de nada, porque era una tontería hacerlo y con eso no se hacía otra cosa que hacer mala sangre. Y era peor.

Se corrió la voz. Y casi todos se pusieron a pensar. Era una especie de estado de alerta. La aviación podía ametrallar de un momento a otro.

—Y eso, ¿es malo?

—No; a veces pegan bien, y entonces suele ser peor.

El muchacho abrió bien los ojos mientras el compañero apuraba la colilla del cigarro.

—¿Y cómo tiran?

—A ráfagas…

—¿Y qué es eso?

Elevó los hombros y se miraron. En silencio, mientras el frío se metía dentro, en la tienda. Cierzo del norte.

Antes, los amigos le habían hablado en la estación de los permisos de los soldados, de las aventuras con las muchachas. Y él se sentía contento. Era una alegría joven, fácil, llana.

—Viajan gratis…

—Y hay aventuras…

—¿Estando en guerra?

—¿Y quién piensa en eso?

¡Claro! Era natural. No se podía pensar en eso. Se encontró con la mirada del viejo.

—Tiran…

Se sobresaltó.

—¿Dónde?

—Tranquilízate. Es lejos…

—Pero ¿tiran de verdad? —palideció.

—¡Calma! No pasa nada.

Le tentó la espalda nervioso.

—¿Habrá muertos?

—En la guerra no hay muertos. Hay cementerios. ¡Apréndelo, muchacho!

Se lo tenía que aprender. Como una lección, como el que mete el diente al catecismo o a la gramática. Se lo aprendería. ¿Aprender?

—¡Oye…! ¿Aprender?

—Como una lección. Es ley.

Estaban solos en la tienda, sentados sobre los sacos y las tablas, el fusil a la derecha y el capote a la izquierda.

—¡Oye! Los muertos…

—No pienses en eso; estás vivo…

—¡Claro!

Y se tentó bien los muslos y luego las pantorrillas.

Al anochecer hicieron cola para recoger la cena, con el cacillo y el plato de aluminio. Había luna, y al fondo en el horizonte llameaba el cielo. Rojo, violeta a veces.

—¿Y aquello?

—Pinturas…

—¿Será…?

—No pienses, muchacho. ¡Come!

No sabía a nada. Su paladar tampoco sabía a nada, ni la saliva, ni el tabaco, ni el aire, ni la noche. Ahora el viento había apretado. En las montañas se adivinaba la mancha blanca de nieve limpia todavía.

El rumor ya no era rumor. Era una orden y un aviso. Podían tocar a formar de un momento a otro. Volvían de la fajina en grupos, aisladamente, en la oscuridad, sin luz, para que el enemigo no tuviese referencia. Los centinelas se turnaban en silencio, en un relevo contra las sombras. Arriba el cielo estaba brevemente iluminado por la luna. Había luna, y eso era una referencia.

—¡Oye! ¿Los aviones?

—Ya no hay peligro…

—¿Entonces?

Movió los hombros el viejo como cansado, como si tuviese el alma encallecida y todo fuese a darle lo mismo, por un igual. Se sujetaron los correajes bien prietos a la cintura, y encima los capotes, subiendo el embozo hasta cubrirles casi el rostro.

—Pica el viento.

—Pica.

La corneta les levantó el temple y el ánimo, les dobló, casi de golpe, los pensamientos. El muchacho pensaba en la ciudad, en los bailes de la ciudad, en la orquesta del barrio, en las doradas trompetas de la orquesta. Y entonces la corneta del campamento sonó en picado, y ya no pudo pensar más.

Esta vez salieron en columna, como si la compañía fuese una larga serpiente lenta y expectante retorciéndose a lo largo del sendero. Detrás quedaba todavía el ruido de la trompeta y el eco de la corneta, y el muchacho de la corneta, oscuro y negro, recortado limpiamente contra el cielo como un centinela musical.

Se detuvieron en un frente de doscientos metros, al amparo de una vaguada, al abrigo de unas trincheras naturales, con jara antigua y tomillar septembrino. Casi vertical sobre sus cabezas, el cielo era ya rojizo, de fuego. El muchacho se tentó la cabeza y palpó despacio el casco redondo y perfecto, frío y resbaladizo. Llevaba apenas una hora con él, y ésta era la primera vez que se lo había palpado. Sonrió y miró al amigo.

—¿Eh? —le guiñó un ojo—, sienta bien, ¿verdad?

Resplandecía el cielo a golpe de mortero, a concentración artillera. El viejo sonrió, tumbado a su lado.

—Sienta, sienta…

—¡Oye!, ¿por qué te llaman viejo?

—¡Psch!, porque lo seré, quizá…

—¿No será porque distingues entre los muertos y los cementerios?

Le miró fijamente, sin pestañear.

—¡No sé!

Estaban en posición de combate, amparados en las trincheras, frente al enemigo que había ya iniciado un rabioso ataque. Arriba el cielo aparecía coloreado del todo, entintado y jubiloso como si fuese de día. El muchacho lo contempló maravillado.

—¡Agacha, muchacho!

Le silbaron las balas y él retrocedió contra el suelo, contra la tierra húmeda y fangosa, y con la oreja allí, pegada contra el parapeto, pensó en la ciudad —otra vez—, y en los amigos de la ciudad, y en las chicas del barrio, y en lo que le habían dicho de la guerra los demás. Sintió escalofríos y un tiemblo ligero en todo el cuerpo. Sudaba. Notó una mano que se posaba en su casco.

—Calma, muchacho no pasa nada… —era el viejo y sonreía.

Tranquilízate, muchacho

Cuando el muchacho llegó cerca del río se sentó en la ribera y allí, junto a las piedras blancas y húmedas, se puso a morder un poco de hierba. Era al amanecer y sabía bien. Sabía bien el aire de la mañana, las luces grises y también el tallo aquel, verde, de hierba recién cortada. Miró hacia atrás y se le volvió a agitar el corazón. Era exactamente lo que el maestro les había dicho muchas veces.

—Cuando se mira al pasado, el corazón da un vuelco…

Igual. Era casi exactamente lo mismo. Y sin embargo, él no quería al maestro, ni a la escuela del maestro, ni quería tampoco el pueblo donde vivía el maestro. Aquella vez eran lo menos diez en la clase, y el maestro estaba serio, con los bigotes caídos y la mirada muy perdida. Les había dicho:

—Yo ya no soy nada; vosotros sí, vosotros podéis ser mucho. Por eso cuando yo miro al pasado me da siempre un vuelco el corazón.

El muchacho pensó que a él también acababa de darle un golpe el corazón y que a lo mejor resultaba que el maestro iba a tener razón y todo. Pero alejó sus pensamientos y se tumbó, todo lo largo que era, junto al río, en la ribera, con la flor verde en los labios, mordiendo lentamente su tallo húmedo. Venía el río muy subido y las aguas pasaban a su lado, rápidas y fugaces, adivinando el fondo muy claro, casi blanco, con los guijos redondos y lustrosos al final.

Esto es vivir, pensó el muchacho. Esto y no el pueblo, y la escuela y el maestro. Allí se estaba bien, con los ojos medio entornados, contemplando la amanecida blanca y la carrerilla breve de las nubes, todas hacia Poniente, sin detenerse. Allí se estaba bien y tranquilo, sin las paredes de la escuela, sin la voz del maestro, sin el rumor del pueblo y el olor de las casas. Allí el muchacho se sentía satisfecho y tranquilo, sin los gritos del mundo, sin la voz del

maestro. Solamente con el ruido del río y la voz de los pájaros.

Una vez había dicho en el pueblo:

—Los pájaros son amigos.

Y los compañeros se habían puesto a reír.

—Los pájaros no molestan.

Y los otros se habían mirado con sorna.

—Los pájaros entretienen y no cobran nada.

Ahora escuchaba a los pájaros y sabía que todo aquello era verdad. Los pájaros, las nubes, el río y la flor aquella, con el tallo húmedo y jugoso en la boca. Era su mundo, nada más. Cerró los ojos y notó el peso de los párpados. Luego se tentó el corazón. Le seguía latiendo fuerte. Suspiró y apretó los dientes.

Hacía lo menos cinco días de aquello. Era por la mañana, en la escuela. El maestro lo mandó llamar.

—Ayer no viniste, muchacho.

Él había callado.

—¿Me oyes? Faltaste a clase.

Miraba al frente, sin pestañear. Los compañeros comenzaban a sonreír.

—¿Dónde estuviste?

—En el río.

—Al río no van los muchachos.

Pero él creía que sí; él creía que era al río precisamente donde tenían que ir los hombres y los muchachos. Al río, a los rastrojales, al monte, a la cañada.

—Tú no eres un hombre, muchacho.

—Pero lo seré muy pronto.

El maestro le gritó:

—¡Eres un chico todavía!

Se le quemó un poco la sangre. Pero muy poco.

—Te quedarás castigado.

La sangre se le agolpaba en la frente y luego en las sienes. Parecía que iba a explotar. Pero no sucedió nada. Entonces el maestro volvió a insistir.

—Muchacho, ¡no debes de ir al río!

—¿Y por qué no voy a poder ir al río?

—Tienes que venir a la escuela, eso es todo.

Desde aquel día amó más al río y odiaba secretamente las

paredes blancas de la escuela, el encalado de las tapias y el verde pálido de las contraventanas. Por la noche, al llegar a casa, había dicho al pastor:

—Yo amo el río.

Y el pastor se sonrió. El muchacho pensó que el pastor le entendía y le quería, porque aquella sonrisa se le metió dentro y le hizo bien. En el pecho. Y en el corazón.

—Yo amo el río y odio la escuela, pastor.

El pastor volvió a sonreír. Al muchacho le gustaba la compañía del pastor porque le contaba historias lejanas y hermosas. Historias que ocurren al otro lado de las montañas, donde el cereal ya no es cereal, ni el rastrojal tampoco. Donde los campos son verdes, brillantes, húmedos y frescos. Muy cerca del mar.

—Un día quisiera ir al mar, pastor.

El pastor le miraba con los ojos fijos, la barba picada y dura. Al muchacho le gustaban las palabras del pastor, las historias del pastor. Historias de otros campos, de otras gentes. Del otro lado de las montañas, donde los ribazos son suaves y los caminos están cubiertos de humedad y de pasto.

—Yo amo el río.

Súbitamente se le iluminaban los pensamientos al muchacho.

—Y el mar, el mar también.

Veía en su cabeza las aguas mansas, las aguas revueltas.

—Y la vida libre, también; lejos de aquí…

El pastor le miraba y luego decía:

—Un día será, un día…

Por eso aquella mañana el muchacho se había levantado pronto, con el alba, y había salido al camino. Ya no volvería a la escuela, se dijo. Abandonó el pueblo cuando la amanecida se rompía por Oriente y anduvo dos horas largas hasta llegar al río. Allí estaba tumbado, cerca del cauce, con los párpados encogidos, bajo el cielo blanquecino y turbio. Y fue entonces cuando el corazón le dio un golpe y recordó las viejas palabras del maestro.

Dejó el lindero y se echó adelante hasta rebasar las montañas y los campos de cereal. Era ésa la frontera que tantas veces había ansiado traspasar. Y de pronto volvió a recordar al pastor y al maestro y todo aquello que iba quedando atrás, poco a poco. La mañana iba entrándole a tientas al muchacho, dentro en el corazón

joven, y a cada paso era una vivencia más. Anduvo así por los caminos nuevos hasta que el día hubo entrado en sazón, hasta que el sol se quedó parado en el centro mismo del cielo y más aún, hasta que las luces andaban agachándose, doblándose hacia Poniente. El muchacho cantaba, el muchacho hundía con placer sus pies en las tierras nuevas, en los campos nuevos. De vez en vez se detenía y arrancaba un tallo de flor joven y se lo llevaba a la boca. El gusto aquel, húmedo y fresco, le sabía bien al muchacho. Es otra vida, pensó. Y sonreía. Igual que el pastor, con su misma sonrisa.

Al tercer día de caminar, el muchacho sintió de pronto temor. Echó su vista hacia atrás, hacia los caminos que había recorrido, y le dolió el corazón, como si brincara dentro de su pecho, revuelto e inquieto. Le entraron ganas de llorar. Regresó al pueblo con la flor marchita ya en su boca, bajo los mismos cielos que le vieron marchar.

El maestro estaba en lo alto, junto a las paredes blancas de la escuela. El muchacho sintió miedo y también como si el corazón quisiera salírsele fuera. Corrió hacia él, jadeante. El maestro le metió la mirada dentro de su cuerpo. Suspiró, y luego le puso la mano sobre la cabeza.

—¿Te dio un vuelco el corazón?

El muchacho sudaba. Contestó:

—Sí.

El muchacho respiraba con dificultad, jadeante. El maestro volvió a ponerle la mano sobre la cabeza.

—Tranquilízate, muchacho.

Se miraron.

—Yo amo el río, maestro, y el mundo y los caminos nuevos…

Lloraba. El maestro le miraba fijamente.

—Lo sé, muchacho, lo sé. Un día será, un día…

Y le sonreía. El muchacho vio en aquella sonrisa del maestro la misma que tenía el pastor cuando le hablaba de otros mundos, y cerró los ojos porque ahora comenzaba a amar de verdad el mundo.

—Tranquilízate, muchacho…

Y una vez dicho esto subieron los dos juntos hasta lo más alto de la montaña.

El miedo

El Nino empujó la puerta y se metió en la casa. Había un pasillo estrecho y oscuro y, al final, una luz mortecina, agonizante, una luz siniestra, llena de presagios.

Allí olía a muerto, a carne pasada. Ya se lo había dicho Carmelo en la escalera, cuando bajaba y se habían encontrado en el rellano: «Yo no puedo decirte que no entres, pero ahí huele a muerto, ¿sabes? No es mucho, vaya, pero la verdad, se nota a la legua que tienen un muerto en la casa.» Y el Nino, un muchacho aún, se había estremecido un poco, y se le había formado en el pecho un nudo gordo y prieto. «Yo no, yo no soy de los que dicen a un amigo no entres. No, Nino, no. Pero la verdad, ahí hay un olor que no me gusta, las cosas como son.» Y el Carmelo, con su ojo tuerto y su sonrisa de gañán, se haba puesto en esta ocasión muy serio, más serio que en toda su vida junta. El Nino, al verlo así, sin la risita tonta y estúpida de siempre, se había acobardado un poco y le había subido, pantorrillas arriba, como un aire malo y lleno de pinchos.

Verdaderamente, Carmelo tenía su tanto de razón. El Nino lo comprobó en seguida, nada más pasar la puerta y meterse en el pasillo aquel, oscuro y estrecho, con luz al final, la luz triste y agria. Por unos momentos estuvo tentado a darse media vuelta y subirse a su casa. Pero no era cosa de tomarlo aquello tan en serio, tan a lo vivo. Había que tener control y confianza en uno mismo. El Nino se convenció de esto y se echó pasillo adelante. Carmelo le había dicho como final, montado ya dos escalones más arriba que él: «Tú a lo tuyo, Nino. Tú tienes una obligación y yo la mía. Yo no aguantaba, ¿sabes?, por eso me he marchado. Pero tú debes de entrar, son obligaciones sociales que se tienen, ¿eh?»

El Nino lo comprendió. Eran «obligaciones sociales» que uno tiene y hay que cumplirlas y llevar las cosas adelante, sin miedo, sin dudar, como el buen torero que sale a la plaza y pisa con dudoso paso la arena ardiente y siente cómo del estómago le sube la oleada del miedo, del terror, pero se sabe sobreponer y luego se lía a dar verónicas y derechazos que es un placer. Al Nino le gustaba hacer comparanzas con lo de los toros. Su padre había sido un segundón aceptable, que tenía, como todos, mucho miedo al salir y luego cogía confianza y terminaba triunfando casi siempre. Al padre del Nino le cogió el toro en una plaza de pueblo, en un lugarejo de Ciudad Real. Le enganchó por el muslo y lo dejó espatarrado de mala manera una tarde de agosto, en ferias, bajo un sol de plomo, mientras el gentío pedía sangre, sangre, mucha sangre y mucha alegría festiva. Y el gentío se quedó satisfecho, a sus anchas, viendo el charco y los despojos del infeliz torerillo. Aquella noche cálida, en el cuartucho de la fonda, lleno de sudor, de tufo, de aliento pobre, su padre le había dicho con una voz enérgica, rotunda: «Hijo, en la vida nada de miedo, nada de miedo, ¿eh?, que el miedo es de los cobardes, y tú no debes ser uno de ellos. De miedo, nada, ¿eh?» Y luego de decir estas palabras, el hombre cerró los ojos, cerró la boca, estiró las piernas y dobló toda la cabeza hacia la izquierda.

«De miedo, nada, eso; nada de miedo», se repetía el Nino parado, completamente pegado al suelo de aquel pasillo largo, estrecho, con la luz siniestra al fondo. Y el Nino hizo un esfuerzo y avanzó por el corredor.

Había mucha gente allí, gente pobre, de cara oscura, de ademanes torpes; gente que hablaba en voz baja, arrastrando las palabras, tirando de ellas como si fuesen una carga pesada o algo que necesitase mucho esfuerzo para echarlo fuera. Vecinos, parientes, gentes que iban de un lado a otro, revolviéndose en la habitación estrecha, hacinadas sobre una puertecilla que daba a una habitación pequeña y baja de techo.

—Está allí, ¿sabes? Lo hemos puesto en la caja hace un rato.

El hombre aquel era bajete y olía a vino. Tenía una cicatriz enorme en la boca y al hablar se le estiraban cruelmente las carnes como si fuese un monigote. El Nino no reaccionó ni contestó nada. Se limitó a apoyarse contra la pared y a mirar en rededor, temeroso, sin ganas de avanzar un paso y meterse en la otra habitación.

Sobre una mesa, cinco vasos y una botella de coñac a medio vaciar. Tres hombres charlaban sentados y bebían de vez en vez. El de la cicatriz se puso a hablar con los otros dos.

—Estas cosas ocurren siempre cuando menos se espera. Es la mano del Otro que tiene a veces muy malas ideas y se te lleva sin avisar siquiera.

Los otros callaron. Uno, con chaqueta de pana y voz cascada, se puso a liar un cigarro. Luego dijo:

—Yo muchas veces pido eso, que venga la cosa pronto, porque «éstas» ya no aguantan bien —y se miró las piernas, y se puso a contemplarse los pies como indicando que los tenía cansados ya de tanto andar por el mundo.

—Eso viene cuando quiere, amigo, cuando le da en gana. Son cosas del Otro…

El que olía a vino filosofaba mucho y mal. Decía siempre lo del «Otro» para darse importancia de tío leído y de conocer de todos los secretos de la vida. El tercero callaba. Era un tipo cejijunto, de nariz grande y color rojizo. El de la americana de pana encendió el cigarro y se puso a fumar.

—Lo que te cabrea de verdad es no saber cuándo vendrá la cosa, cuándo la vas a palmar…

El de la cicatriz y el olor a vino se puso a sonreír, enseñando sus dientes pequeños, apretados y amarillos.

—Se puede saber, pero no interesa. Ése —y señaló la habitación del muerto— fue hace un mes a un adivino. El adivino le dijo que viviría hasta los noventa. Y ya ves, ayer se notó el estómago apretado, hecho un hierro, y fuera, al pozo. No, no; eso no se sabe.

Todos sonrieron. Bebieron un poco y callaron con la mirada en el suelo y los pensamientos volando bajo la luz triste y a medio morir.

El Nino no entendía nada. Se le habían tapado los oídos por aquel ambiente y aquel tufillo acre, de cosas que no están en su punto, que están un poco pasadas y fuera de lugar. El Nino notó cómo los tres hombres a la vez le miraban con una mirada lenta, detenida. El de la cicatriz, dijo:

—Ahí lo tienes. Ya puedes pasar, hombre, que no muerde… está frío.

El Nino sintió cómo un aire helado le subía por la espalda y le

apretaba el cogote. Se notaba mal, muy mal allí. Le temblaban las piernas y a ratos sentía como si le estuviesen pinchando y le hiciesen agujeritos por todo el cuerpo. Notaba calor y frío al mismo tiempo.

Los tres hombres siguieron contemplando a Nino. Luego se rieron y echaron más coñac en los vasos. Un grupo de mujeres discutía de si procedía o no rezar un trozo de rosario. Las viejas hablaban retorciendo sus cuerpos, gesticulando, diciendo esto o lo otro con sus voces chillonas, picadas, que herían los oídos y el alma.

El que había estado callado todo el rato, dijo:

—Lo que ocurre es que estas cosas están mal organizadas, y hasta los velatorios exigen organización y orden…

De la habitación del muerto llegaba un llanto contenido, lleno de hipo atosigante. Vinieron más gentes, más hombres y más mujeres. Un niño con los mocos colgando y la mirada llena de azules imprecisos se acercó al Nino.

—¿Tú no pasas?

Y el Nino se quedó cortado, hecho de piedra, con la voz y la mirada hecha un puro hielo. No contestó. El crío de los mocos, unos mocos verdes y gelatinosos, se alejó y se puso a pasear con el aire de que nada es secreto para él, y de que aquello son cosas de todos los días y todas las horas. El Nino se quedó mirándolo sin mirar, perdidos los ojos en el aire, en el aire aquel viciado, oscuro, lleno de torpeza.

Todo sucedió rápidamente, sin apenas darse cuenta, como ocurren las cosas en la vida. Alguien empujó al Nino, y el Nino, sin quererlo, se atropelló a la entrada del otro cuarto y así, entre la gente, vio los pies rígidos y el vientre hinchado, grande como un globo, y ya no pudo ver nada más, porque sintió un mareo y notó cómo se le ponían nubes densas y prietas delante de los ojos y cayó al suelo.

Se levantó sigilosamente. Se apoyó contra las gentes y luego en la pared. Nadie se había dado cuenta de nada. El Nino salió de la habitación. Detrás, seguían las viejas discutiendo sobre si procedía o no el rezo de unos cuantos rosarios que arreglasen mejor o peor todo aquello, y los tres hombres hablando de la muerte, de su llegada y del Otro, y el crío de los mocos escurridizos y el paso firme como un soldado de Prusia. El Nino, ya en el pasillo, se pasó

las manos por la frente. Sudaba. Las piernas le temblaban. Algo extraño le subía por las piernas hasta el vientre, y luego pecho arriba hasta la garganta. Salió de la casa y se detuvo en el rellano. Luego, sin saber por qué, se puso a pensar en su padre, en el cuartucho de la posada, en las palabras del viejo antes de morir. Se puso a pensar en el miedo.

Cerca del horizonte

Se lo había dicho el maestro, unos años antes, por el verano, cuando el polen de las eras formaba nubes densas en el aire.

—Aquí no tienes nada que hacer…

Y durante el otoño y luego en el invierno, junto al calor de la lumbre, lo había pensado, madurando las palabras de aquel hombre joven y tieso, «un temporero» al decir de las gentes.

Y ahora, en el nuevo verano, otra vez volvía a doblar el espinazo sobre los campos, a recorrer la jornada diaria a través del alcor, atravesando los ribazos, desde el alba hasta la última luz.

—¡Aquí, nada…!, ¡te lo digo yo, Pruden!

Y aquel hombre, lo había pensado muchas veces, debía saber un rato largo de estas cosas. Era fino y delgado y tenía el color de la piel como mustio y amarillo y una mirada bizqueante, quizás algo torva. Era temporero, sin propiedad de escuela. Aquel hombre, seguramente conocería los secretos del mañana, la gestación primorosa de las profesiones y de los oficios.

—En los pueblos, la muerte, ya lo ves. Trabajar, casarse y un montón de hijos. ¡Aquí no saben otra cosa!

Pruden había bajado la cabeza, humildemente, como acorralado ante el ímpetu de aquel hombrecillo inquieto, chupado y fino. Y antes, un año o dos, en el otro pueblo, en la otra siega, un burgalés le había dicho, al anochecer, frente a la casa:

—Yo no sé, vosotros, tanto andar así de un lado a otro, ¡mejor sería ir a la ciudad…!

Y antes, de chico, también el cura le habló de eso y él bajó la cabeza, como adormecido por tanta y tan larga palabra. Y ahora, en la nueva siega, la tarde acurrucada sobre la llanura, recordaba otra vez todo aquello, el cura, el burgalés ceñido y el maestro fino y

estirado y le entraba dentro una hinchazón de viento nuevo, y en el pecho se le iba formando una llama grande y expansiva. Algo así como esperanza y dolor.

—¡Tú!, que pareces dormido…

En el cielo se escurrían las últimas nubes camino de poniente también, igual que el sol.

El Pruden estaba sentado en cuclillas en la puerta y a su lado, y le zarandeó por segunda vez:

—¡Que te hablo, hombre!

Se desperezó, como salido de vagos pensamientos.

—Ya.

—Ni ya ni nada, ¡habla!

—Bueno.

El otro era un tío rubianco de por La Ramallosa, en las rías. El Pruden, no. El Pruden no sabía dónde ni cuándo había nacido. En León recibió las primeras luces, pero no sabía si era de allí o del Bierzo o quizá de más abajo, por Salamanca o así. Luego, de chico, estuvo en un pueblo de casas blancas, encaladas hasta el sopor. Fue donde el cura le dijo aquellas primeras cosas. Pero él había andado siempre entre los surcos, bajo el vuelo del alcaraván y del grajo gruñón y mala sangre. Por Burgos anduvo un verano y después se bajó hasta las minas y el maestro le dijo lo otro. Pero él tenía ya un lío grande en la cabeza y en el pecho un nudo gordo que le apretaba y le hacía daño. Y cada verano bajaba un poco más, siempre con ganas, con ilusiones de encontrar el límite de su esperanza y luego venía la frustración y la nada. Y tornaba el nudo a ensanchársele dentro, donde el pecho, y a un lado, en el corazón también. Por las noches del estío, la era lejana pero todavía cálida a sus ojos, se sentaba en la puerta, de espaldas al zaguán, en cuclillas, y pensaba largo y soñaba porque creía que así el nudo se le saltaría un día y podría vivir más ligero y con menos ganas de trotar y de buscar lo que no veía bien, lo que intuía dentro, pero que no llegaba a comprender. Y se acordaba entonces del maestro y del burgalés y también un poco del cura y así se aliviaba un poco de todo aquel calor y de aquella angustia suya.

El rubianco de las rías le ofreció la petaca.

—Anda, lía, hombre, que andas siempre como ensimismado. ¡Como si la noche te trajera morriña!

Liaron juntos. Y el silencio de sus gestos le hizo más daño todavía. De pronto se volvió al otro.

—Oye, tú, ¿y luego?

El rubianco era corto. No le entendió.

—¿Luego…? ¡A dormir! —y le salió una risa grande y dañosa, como de garganta averiada.

El Pruden lo miró de fijo y abrió bien los ojos.

—Digo más tarde, en el otoño, ¿te vienes para abajo?

—Para abajo, no; siempre hacia arriba, hombre.

Se recostó en el portal y miró al cielo alto y luego rastreó la vista por donde el horizonte y sintió en el pecho la fuerza del nudo y la esperanza también y muchas cosas más revueltas y en desorden.

—Yo quisiera ir a la ciudad, al oficio…

—El oficio está aquí, en las eras, con la hoz, en el trigal, hombre.

El rubianco reía de vez en cuando, pero siempre con aquella risa que hacía daño, que dolía, que acababa metiéndose dentro como una blasfemia, como una burla.

—¡Siempre lo mismo, Tomás!

—Y bueno… ¿que otra cosa?

Le chupó con ansias al cigarro y entornó los ojos para soltar el humo gris que salía en espirales pequeñitas.

—No sé, para mejorar quizá, para…

Iba a decirle, «para soltar el nudo éste», pero pensó que el otro no iba a comprenderle, que se iba a mofar de él, que iba a soltar la carcajada aquella, estridente y gruesa. Y no le dijo aquello, pero se lo quedó dentro y lo sintió.

Del interior les llegaron unas voces:

—¿Eh?, la cena…

El cielo se había vuelto opaco, entintado de un azul leve y cálido que iba diluyéndose en vertical hasta el horizonte.

—Andar siempre así, a tumbos, acaba por agotar…

—¿Agotar?, estás tú bueno, Pruden. ¡Nacimos para eso!

Y el Pruden recordó la jornada partida, desplomada ya por el peso del día. Y pensó en la amanecida, cuando el alba se estremecía con un aleteo breve y pálido, y vio ahora el atardecer blando y el azul perdido del horizonte y recordó los días en que todo era así,

igual, lo mismo de mañana a tarde. Y se le imaginaba su vida como una gran rueda, tosca y pesada, dando siempre las mismas vueltas, oscilando siempre alrededor del mismo eje. Y pensó que allí no estaba la salvación ni la alegría.

—¡La siega en verano, las minas después!, y siempre trabajando para otro.

Al rubianco le llegó el suspiro amargo y duro del Pruden. Y notó cerca el resuello y casi se asustó. Se miraron:

—Pero vivimos…

—¿Y qué vale la vida así?; nada…

—Pues márchate, busca el oficio ese, ¡lárgate!

Le había golpeado suavemente en el hombro. Y el Pruden, de pronto, sintió como una esperanza que le llegaba desde dentro y pensó que ahora podría quizás hacerlo, y ponerse en el lindero y arrear siempre hacia adelante, y buscar el oficio y dejarse de andar dando tumbos y tumbos, por el mundo, sin casa ni familia, ni pasado ni futuro, como un cómico. Y notó como si el nudo se le deshiciera prontamente y el fuego se calmara dentro. Y miró al horizonte que estaba como rojizo, con una pátina color oro en su mitad. Y sonrió.

Una mujer de greñas asustadizas, la piel tostada y un negro subido en los vestidos se asomó por el zaguán.

—Pero bueno, ¿estáis sordos?, ¡a cenar!

El rubianco le contestó en seguida, y le hizo una seña como que les dejara, que ya irían pronto. El rubianco, cuando la vieja desapareció en la oscuridad del patiejo, farfulló:

—Para un cacho de tocino…, ¡maldita su sombra!

Y el Pruden le miró agradecido, como si viese en aquellas palabras un apoyo a sus ideas, a sus esperanzas, a todo el mundo redondo y explosivo que se le formaba dentro.

Por detrás de la vereda apareció un hombre ancho y fuerte. Se encaró con el Pruden y luego con el otro.

—¿Aquí estáis? Venga, a encerrar el ganado…

Se levantaron. La voz dura del hombre todavía la tenían pegada en la nuca.

—¿Para qué os pago…?

Obedecieron. El Pruden dobló la esquina y empujó la puerta del establo. Notó rabia y dolor dentro y muchas cosas que se le venían

abajo otra vez. Se volvió y miró el cielo, ya muy negro, y bajó su vista hasta la línea del horizonte y pensó que todo era una ilusión baldía, que siempre parecía que se iba a rozar el horizonte, pero que era como un espejismo. Suspiró con rabia y notó dentro el flamear de la llama y también el nudo. Y se sintió mal.

Es cosa de muchachos

Era una calle larga y húmeda. Las casas tenían un aspecto impenetrable. Y casi todas tenían poco más de cuatro pisos con balcones de cristales, muy panzudos con aire de invernadero. En una de esas casas vivía el abuelo, y vivía yo también. No siempre, claro. A temporadas solamente. El abuelo era un hombrachón alto como un gigante, con unos bigotes amarillos, descuidados. Un descuido que le daba gravedad y que le prestaba al rostro un algo de nobleza. No sé exactamente. El abuelo tenía la manía de las campanas. Así solíamos llamarlo nosotros, el primo Mario y la prima Carolina. El abuelo tenía una especial sensibilidad para el sonar de las campanas. Y aquel barrio, grave, tranquilo y cuidado, era un barrio de campanas. Quiero decir que en sus calles había más de un convento, una pequeña iglesia y una parroquia. Yo creo que el abuelo no se marchó de aquella casa por eso precisamente. Porque allí el sonido de las campanas era continuo y prolongado. Y casi nunca los relojes se ponían de acuerdo. Así era mejor, porque las doce se oían no al mismo tiempo como debiera haber sido lo normal, sino primero en las Agustinas, luego en San Cerni, y después en San Miguel, y así. Eso destrozaba los nervios de mi tía Lola, pero era eso precisamente lo que gustaba a mi abuelo. Sentado en el sillón, tieso como si llevara una madera en la espalda, con la mirada fija en las cristaleras, oía aquel concierto y después, como si volviera de otro mundo, miraba a su alrededor, al primo Mario o a la prima Carolina o a mí, y decía:

—Las campanas tienen algo de cielo, ¿eh?, como si te llamaran para ir allí…

Ni el primo ni la prima Carolina, ni siquiera tía Lola entendían demasiado aquello. Yo tampoco, naturalmente.

—¿No las oyes, muchacho?

Yo bajaba la cabeza, como avergonzado, azorado.

—Sí, sí, abuelo.

—Son como el telégrafo del cielo, como si llamaran, ¿eh?

Luego me ponía su ancha mano sobre mi pelo revuelto y movía su cabeza.

—Cualquier día nos llamarán a nosotros también, ya verás.

Un día me enteré de que las campanas, cuando llamaban a muerto, tocaban de forma distinta a cuando llamaban a misa, o al rosario o a vísperas. Y se lo dije al abuelo. Era al atardecer y las sombras se habían metido por el balcón. La tía encendió una lamparita de vidrio verde. El abuelo me dijo:

—¿Oyes?, son como si nos invitaran a seguirlas al cielo…

—Abuelo, ahora tocan a vísperas, no a muertos.

Y él entonces exclamó con una sonrisa en los labios:

—¡Cosas de muchachos!; las campanas siempre tocan para lo mismo, para invitarnos a seguirlas.

Decían que antes el abuelo había sido hombre de genio duro y enérgico. Entonces, enérgico sí que lo era. Pero nada más. Le gustaban las cosas en su punto y en su sitio. Sin más. Y era ordenado, hasta en los paseos. «Diez minutos, nada más que diez minutos», me decía, y nos íbamos hasta la plazuela aquella que tenía unos jardines en el centro y una estatua de San Francisco de Asís rodeada por unas palomas y unos corderos de bronce. El bronce se había puesto de un color verdinegro. Del frío y de la lluvia. Era una ciudad fresquita en verano, pero helada y húmeda en invierno. Llovía mucho. Pero era una lluvia hermosa, suave, finísima, que casi ni te enterabas cuando caía. Al abuelo le gustaba aquella lluvia, y a lo mejor a mí me ha influido esa afición tan ingenua e incoherente. Solía decir:

—Te moja pero no te cala; así es buena la lluvia.

Luego, pasado el tiempo, he comprendido que quizás era todo lo contrario. Por eso mismo. Lo cierto es que al abuelo y a mí nos gustaba pasear bajo la lluvia. A veces la tía se enfadaba y nos reñía, sobre todo a mí, creyendo que yo era el culpable. Entonces acompañaba al abuelo a casa, y con cualquier disculpa salía otra vez a la calle. Me gustaba pisar el barro aquel de la plazuela y luego caminar por los adoquines brillantes de la calle de tal forma que no

pisase las junturas. Era una manía, casi. Ahora me parece absurdo que a aquella edad se pudieran tener manías. Cuando volvía a casa estaba ya completamente mojado, y la tía solía reñirme. Pero el abuelo, que también amaba la lluvia fina y suave, me disculpaba.

—¡Son cosas de muchachos!

Sonreíamos los dos. Como si fuéramos cómplices.

Los mayores solían decir que el abuelo antes no les pasaba una, ni les justificaba nada. Y se escandalizaban que entonces el abuelo pasase por alto mis cosas y las cosas de mis primos. Siempre con la misma frase, con las mismas palabras. Mezcladas con una sonrisa de complacencia.

—¡Es cosa de muchachos!, dejarles…

A veces, cuando volvía por vacaciones, el abuelo me miraba fijamente, movía los lacios bigotes amarillos y me preguntaba:

—Oye, muchacho, ¿y tú que vas a ser?

La tía, si estaba cerca, solía terciar para decir que, de seguir de aquella forma, no llegaría a ser nada en la vida. Que lo que había que hacer era estudiar de firme y trabajar mucho. Entonces el abuelo, que seguía moviendo acompasadamente la cabeza, solía exclamar:

—¡Cosas de muchachos!; estudiará, seguro que estudiará.

Y se lo prometía, aunque sin demasiada convicción, claro. Al rato, el abuelo volvía a preguntar lo mismo.

—¿Y cuando seas mayor, qué harás, muchacho?

Y yo siempre le contestaba que me gustaría ir por el mundo, solitario, en días de lluvia, para mojarme bien y recibir el agua suave y tibia de las nubes.

—Pero eso, eso no es una forma de hacerse mayor ni de hacer cosas.

A mí, entonces, me parecía que sí, que era una forma hermosa de ir por el mundo.

—Sin que nadie me riña, abuelo; me mojaré y meteré los pies en el barro.

El abuelo entornaba los ojos, recto y tieso siempre en su sillón de cuero.

—¡Qué muchachos éstos, qué muchachos…!

Un día, cuando las vacaciones, el abuelo se levantó de su sillón y fue al armario. Llovía. Sin avisar, casi, sin que las nubes, el cielo o

el horizonte se tornaran oscuros de pronto. Era una ciudad soñolienta, hecha para las nostalgias. Con grandes alamedas de árboles de copa ancha y tronco recio y rugoso. Y cuando llovía, las hojas se empapaban de agua y luego olía bien, un buen rato, horas y horas. Y el aire aquél fresco se metía en el cuerpo y, según el abuelo, levantaba el ánimo y la vida. El abuelo sacó del armario unas fotos amarillas. Antiguas, seguramente. Y me las mostró. Allí estaba él, de joven, con un bigote muy delgado, con traje militar. Eran unas fotografías de color ocre, cuarteada la pátina brillante y desmochadas las esquinas. Se veían palmeras y un paisaje desértico y arenoso. Al abuelo le temblaban un poco las manos, cogió una de las fotografías y dijo:

—Viejos tiempos, ¿eh, muchacho?

Me encogí de hombros, azorado. Al tiempo me repuse, le sonreí un poco. El abuelo había estado en Cuba cuando era joven y delgado, cuando usaba un bigotito delgadísimo. En ocasiones me contaba historias de aquellas tierras, de cómo eran aquellas gentes, de sus usos y costumbres.

—Abuelo —le dije—, me gustaría ir a aquellas tierras.

El abuelo suspiró y frunció el entrecejo. Luego movió la cabeza muy gravemente, quizá más gravemente que nunca. Eran las seis y las campanas de San Cerni comenzaron a sonar. El abuelo me miró con unos ojos que casi me traspasaban, unos ojos sin intención, pero muy fijos, como clavados en mí. Cerró despacio el viejo álbum y lo metió en el armario. Luego, de pie, sosteniéndose en un brazo del sillón, me dijo:

—No, muchacho, allí no debes ir…

Más tarde, un día, no sé cuándo, la tía me dijo que al abuelo le habían matado a su padre en aquellas tierras. Entonces comprendí el porqué no quería que yo fuese a vivir aventuras a aquellas tierras.

Sucedió un atardecer. Las Agustinas dieron las campanadas de las ocho. Y casi a continuación sonaron las de San Cerni. Y poco después las de San Lorenzo. Entre unas y otras se murió el abuelo. Llovía. Y la calle aquella parecía más estrecha, más llena de sombras, más aislada y silenciosa. Al abuelo le hubiese gustado

saber que llovía entonces, y que era una lluvia como la que nos gustaba a los dos. Muy menuda y muy tibia. Llegaron los tíos y los parientes lejanos. Se metieron en el cuarto y allí rezaban y lloraban. A mí me entró una angustia muy grande y quise entrar en el cuarto a verle, sobre el lecho blanco, con los bigotes amarillos dándole aquel aire suyo, muy grave, de sonora profundidad. Mudo ya, sin la voz aquella que producía ecos redondos, grave y solemne. No me dejaron verle. Y sentí bajo los párpados el calor salado de las lágrimas. Fui hasta el balcón y palpé el respaldo del sillón, vacío ya, que guardaba un hálito caliente todavía. Me sequé las lágrimas bruscamente, como con rabia. Y se me escapó una sonrisa triste y vaga. Sabía que el abuelo habría sonreído de aquella manera desde el cielo y ya no me habría dicho que aquello «era cosa de muchachos». Me hubiese gustado saber que el abuelo, desde arriba, me habría dicho que aquello «eran cosas de hombres ya».

Al abuelo también le hubiese gustado saber que cuando lo enterramos, en aquel cementerio metido en un valle, a las afueras de la ciudad, las campanas de San Cerni y de San Lorenzo y todas las del barrio se pusieron de acuerdo y dieron las campanadas al mismo tiempo. Yo lo sé porque no me dejaron ir al cementerio y las escuché en silencio, junto al balcón panzudo de cristales, llorando en silencio. Yo sabía que el abuelo me estaba contemplando y sonreía. Me acuerdo como si fuese ahora.

UN PUÑADO DE MANZANAS VERDES

EL viejo miró al muchacho y murmuró:

—¿Las ves?

—Sí.

Entonces el viejo sonrió y se le vieron las encías coloradas, vacías de dentadura. Volvió a murmurar.

—¡Míralas bien!

El muchacho se encogió de hombros y atizó bien su mirada.

—Sí.

—Son verdes, todavía son verdes, ¿eh?

Asintieron los dos al mismo tiempo. El viejo y el muchacho.

—¡Pues claro, son verdes! Todavía son verdes.

Y el viejo lo decía con nostalgia, pero con dureza. Con la palabra muy firme, como si estuviera encallecida de tanto murmurarlo.

—Las manzanas están verdes. ¡Hay que esperar a que maduren!

Volvió a mirar al muchacho, clavándole su mirada gris, acerada, punzante. Hería la mirada del viejo cuando la clavaba de aquella manera.

—¡Míralas! Convéncete bien… ¿Las ves?

Sentados en el quicio de la puerta, con la media tarde, era hermoso el panorama. La colina gris sombreada por las encinas, y más allá los campos como pintados de amarillo, que se perdían en el horizonte. Un horizonte azul. Y cerca, donde la casa, el regato humilde y los frutales que se ladeaban por el peso de las ramas. El muchacho miraba la colina y luego la mansa corriente del regato, y, por último, los frutales con las ramas casi a ras del suelo.

—¡Están llenos!

—¡Déjalos!

El viejo se frotaba las manos y luego se las pasaba por los

cabellos hasta dejárselos lisos, brillantes. Movía la boca como si masticara algo. El muchacho también. Le imitaba. Y pensó en seguida que era hermoso imitar al viejo. Porque el viejo sabía muchas cosas del mundo, de la vida, de los árboles y de las manzanas.

—Son brillantes y coloradas.

—Sí, pero déjalas. Es bueno que las veas, pero están verdes. Si las comes te caerían mal en la barriga. El fruto verde es malo de tomar. Te arrepientes luego…

El viejo dejó de mesarse los cabellos. Puso su mirada larga sobre las colinas y luego volvió los ojos hasta el muchacho, que estaba sentado a sus pies, con las piernas recogidas y el aliento contenido.

—No lo olvides nunca, es importante que no lo olvides, porque todas las cosas tienen su tiempo, su momento. ¡Y los frutos también! Eso te servirá, te vendrá bien en la vida.

Luego se frotaba las manos ásperas, y suspiró.

—Me gustaría que no lo olvidaras nunca, ¿eh? Nunca. Mira, cuando uno es viejo se da cuenta de todas estas cosas. Antes no, por eso es bueno que alguien le enseñe.

El muchacho encogió las piernas todavía más, flexionándolas hasta que las rodillas se rozaron y notó cómo los muslos se ponían duros y tirantes.

—Estas cosas no se aprenden en la escuela ¿eh? Estas cosas se aprenden en la vida, en las colinas y en las trochas, en las veredas y en el monte.

Y el muchacho se puso a pensar que había otra escuela que no era precisamente la bajita, de techo rojo y muros blancos y desconchados. Era una vida distinta que empezaba cada día en el tomillar, en los ribazos, en los senderos. Una vida desconcertante y hermosa que nacía con el alba y que moría cada atardecer, cuando el sol se desploma detrás de los cielos, detrás del horizonte. Hasta el día siguiente. Y así siempre, siempre.

—Puedes mirarlas. ¿Las ves?

—Sí.

—Es bueno que sepas que están ahí, al alcance. Buen ejercicio, ¿eh?

La sonrisa del viejo le hacía daño al principio, cuando la soltaba, enseñando sus encías coloradas, escasas de dentadura, rojizas y

blancas. Luego no. Luego la sonrisa aquella, que se convertía en corta carcajada, le hacía bien. Como si le llevara al mundo real de cada cosa, como si le condujera al lugar exacto donde deben estar los pensamientos y las ideas, las cosas y los hechos. Era como si cada vez que sonreía le fuese poniendo delante de sus ojos la verdad de la vida, la vergüenza de su ignorancia. El viejo respiró hondo, se apoyó en el bastón y cogió entre sus manos una de las manzanas, roja y carnosa, brillante.

—¡Brillan! Están sanas. Hay que cogerlas ahora, antes de que se pudran, ¿no lo sabías? Desde el principio de los días las manzanas se pudren si no se las coge a tiempo. Éstas también. Es como una maldición, ¿lo entiendes?

Suspiró. Ahora como un soplido largo y ronco.

—… pero están verdes, muchacho.

Todo había comenzado unos días antes, cuando volvía del pueblo hacia la granja. Bajó hasta el regato y contempló los frutales. Estaban pesados, rebosantes. Las ramas se ladeaban panzudas, llenas de manzanas. Alargó la mano casi sin pensarlo y arrancó una manzana. Se le derrumbó en las manos una larga rama. Cayeron los frutos al suelo y rodaron hasta el regato. Entonces salió el viejo desde el corral y se le quedó mirando muy fijo, serio. Su mirada tenía rencor. Era otra cosa. Y el muchacho lo comprendió en seguida. Se acercó al árbol y se puso a contemplar las ramas vencidas por el peso, rotas por el tirón del muchacho. Se habían quebrado y ahora se balanceaban lentamente. El muchacho retrocedió. El viejo seguía mirando alternativamente a él y a los frutales. Murmuró:

—Están verdes…

Esperaba otra cosa. Un grito, un pellizco, una exclamación de dolor, un golpe. Todo. Todo menos aquellas palabras cálidas que salían lentamente de la boca del viejo: «Están verdes…» El viejo avanzó hacia el regato y se arrodilló para recoger las manzanas. Una a una las puso en un cesto. «¡Un buen puñado!», pensó el muchacho. Le tranquilizaba, no sabía por qué, pero le tranquilizaba el decirlo. Y también tenía miedo. Miedo a que el viejo gritase o alargara la mano para pegarle. El viejo se levantó y acarició las manzanas.

—Están verdes, muchacho…, ¿me oyes?

Naturalmente. Le oía perfectamente. Pero tenía miedo. Estaba indeciso y no sabía qué hacer.

—Son hermosas, sí, muy hermosas… ¡Pero están verdes!

Era un lamento. Una palabra cálida, lenta. El muchacho se atrevió a responder.

—Sí.

Seguramente era por eso, porque estaban verdes las manzanas, por lo que quiso cogerlas del árbol. «Una, dos, tres. ¡Un buen puñado!», pensó el muchacho, y las contempló en el suelo, redondas y brillantes, como si el viejo se hubiera dedicado siempre a ponerles brillo en la piel, durante el día y la noche. Desde siempre, desde que el árbol estaba allí, desde que los frutales fueron plantados allí, donde el regato. Se volvió temeroso hasta el viejo y lo vio tieso y alto, dejando escapar por las comisuras de los labios un amago de sonrisa. Murmuró:

—Ven mañana y me ayudarás a cogerlas del árbol…

El muchacho se estremeció un poco.

—Conviene quitarlas ahora que están verdes y sanas. Durante el invierno no saben bien y no se pudren.

El muchacho notó en su cuerpo un raro sosiego.

—Ahora están verdes…, ¿las ves?

Y dijo que sí con la cabeza. En silencio, respetando la palabra cálida, el silencio ancho, la paz entera del campo.

Fue así como empezó la amistad del viejo y el muchacho. Desde aquel día acudió a la granja del hombre y le ayudaba a bajar las manzanas de los árboles. El viejo cada vez que arrancaba con cuidado uno de los frutos lo acariciaba y luego mirando al muchacho le decía:

—Es una buena lección, ¿eh? ¡Apréndela! Es bueno saber que las cosas hay que cogerlas a su tiempo, sin prisas. ¿Lo entiendes? Sin prisas…

Lo entendía. Naturalmente que lo comprendía. Era un mundo nuevo, distinto. Los amigos en la escuela le decían que no, que las cosas hay que irlas robando, arañando. Hoy esto y mañana lo otro. Hay que aprenderlo así, porque de padres a hijos siempre había sucedido de esta manera. La vida y los hombres nunca regalan nada. Hay que cogerlo. Lo decían también sus padres. Todos menos el viejo. Y el muchacho llegó a comprender que el viejo tenía razón,

que hablaba de verdad.

Cuando pasó el verano y hubo llegado el invierno y la primavera tornaba a florecer, el viejo se murió una mañana, al clarear. Se le metieron en la habitación las luces primeras, de color azul y blancas también, y el viejo hizo como que soplaba tres veces. Y luego se quedó largo y duro, sin aliento, con la cabeza un poco torcida sobre la almohada. «Ha sido al amanecer», decían las viejas, y el perro del viejo se pasó todo el día ladrando, quejumbroso, dolorido y triste. El muchacho empezó a llorar, pero pronto dejó de hacerlo porque sabía que al viejo eso no le hubiera gustado. Un atardecer lo enterraron en el cementerio. Verdeaban los campos y cantaba muy cercano el pájaro de la primavera. Los árboles prometían el fruto y bajaba muy ligero y transparente el regato. El viejo le había dicho muchas veces que el regato venía así de humilde porque era joven todavía, y que luego, más adelante, se hacía ancho y grande, que entonces sí, entonces hacía ruido y tenía fondo. «Como la vida, ¿sabes? Como los frutos y las manzanas», repetía. Y el muchacho lo recordó ahora, al atardecer, cuando la tierra iba sepultando el cuerpo del viejo.

Al día siguiente volvió a la granja. Estaba silenciosa. El perro seguía oliendo aquí y allá y ladraba y ya no perseguía a las moscas. Era un perro triste y soñoliento. Una mujer de cara amarilla le vio, le hizo subir.

—¡Se fue el viejo!

—Sí.

—¡Era bueno, muy bueno!

—Sí.

—Los buenos se marchan y nosotros nos quedamos.

El muchacho pensó que era cierto. Que se van los buenos y se quedan los malos. ¿Y cuando los malos se vayan? Lo pensó y comenzó a latirle fuerte el corazón y le hervían las sienes. Un día y otro y todos los días, al atardecer, se iba al cementerio a visitar la tumba del viejo. Pasaron los meses, llegó el verano. Los campos se pusieron amarillos de mies y de polen. Los árboles se hincharon de fruto. Se acercó a la granja y observó el regato y las manzanas. La mujer se asomó.

—¡Sube!

El perro le brincó varias veces. La mujer lo miraba lentamente,

tristemente.

—¡Se fue el viejo!

—Sí.

—Era bueno…

La mujer de la cara amarilla se frotó las manos en el delantal, entró en la cocina y le ofreció una cesta grande.

—Para ti. El viejo te quería mucho.

Al muchacho le brincaron viejas nostalgias en el corazón. Se acordó precipitadamente del viejo, de las tardes aquellas junto a los frutales.

—No. El viejo me lo dijo: «No es bueno comer las manzanas ahora… ¡Ya vendrá el tiempo!»

Eran brillantes y lustrosas las manzanas.

—El viejo lo sabía. Él lo sabía todo. Están verdes, todavía están verdes.

Y recordó al viejo y sus palabras: iba para mayor y el viejo se lo había dicho. «De la vida hay que cogerlo todo a su tiempo —le repetía—. Te harás hombre y entonces las manzanas se habrán madurado. Tu vida también, y entonces todo será distinto.» Con los ojos cerrados iba recordando las palabras del viejo y le sonaban dentro, en el corazón, como una melodía suave y hermosa.

—El viejo lo sabía. Están verdes. Todavía están verdes…

Entraba el sol por la ventana. Y pintaba de brillos el puñado de manzanas, como si quisiera madurarlas para siempre.

Y el muchacho lo notó también dentro, en el corazón.

El ojo del mundo

Desde que estaba en aquella casa siempre le habían dicho lo mismo. La mujer le señalaba la larga pared, las ventanas, seis en total, pintadas con un verde pálido, comido por el sol.

—Por ahí no debes mirar nunca, ¿lo entiendes?

Entonces observaba muy fijamente a la mujer y asentía con la cabeza.

—Pero ¿me has comprendido?

Decía que sí, al final, moviendo alternativamente su cabeza, de arriba a abajo.

Las palabras llegaron a ser para él como una obsesión, algo que estaba en su mente todos los días, a cada momento. Un día preguntó:

—¿Y por qué no puedo mirar?

—Por nada, porque yo te lo digo.

Y había notado en ella una turbación breve. Sostenía la escoba entre las manos, contra el patio de guijos blancos y grises, el sol calentando la blancura encalada de la pared.

—¿Y por qué no quieres?

—Porque no me gusta, porque los chicos no deben desobedecer.

Sus últimas palabras iban casi siempre acompañadas de un gesto de disgusto, las greñas lacias cayéndole sobre la frente, la piel amarillenta surcada de arrugas finas y largas.

Su vida fue creciendo con la obsesión de la larga pared, de las seis ventanas alineadas una detrás de la otra, pintadas de un verde pálido, agrietada la madera por el calor y la humedad.

Fue un atardecer de domingo, al doblarse las últimas claridades por poniente, cuando le preguntó a la mujer.

—¿Y qué hay detrás, al otro lado de las ventanas?

Oscurecía. El verano caído de bruces sobre la ciudad, oprimiendo el mundo bajo la asfixia lenta y premiosa del calor. La mujer le miró con atención, estudiando cada uno de los gestos del muchacho. Estaban sentados fuera de la vivienda, en el patio, contra la pared frontal que miraba a la larga fila de ventanas.

—No hay nada. Está el mundo, y ése —señalaba la última, pintada de un verde más claro que las demás— es el ojo del mundo.

El muchacho le sonrió a la mujer, pero ésta desvió su mirada y su sonrisa y siguió cosiendo a la sombra de la tapia.

No recordaba cómo había llegado hasta allí. Sabía que una mujer alta, delgada y con las greñas siempre caídas sobre la frente le había recibido a la entrada. Le dijo secamente:

—Pasa.

Y entró. Había un largo patio, con un desnivel en el centro y una rejilla adonde iban a parar las aguas. El patio estaba cercado por una tapia sin continuidad. La de la izquierda y la frontal eran bajas, como de dos metros, con cristalitos pegados en su parte alta, como para que no pudiera saltar nadie hasta allí. La de la derecha formaba cuerpo con el edificio contiguo y en ella se abrían seis ventanas, pintadas de un verde desvaído. Había también una choza que parecía una cueva pegada contra el muro y que sobresalía como medio metro de la tapia. Servía de vivienda y su tejado tenía una ligera inclinación que terminaba sobre los cristalitos pegados con yeso de una de las tapias.

Recordaba, eso sí, que días antes, un año también o dos, había estado en una casa muy grande, con corredores y pasillos interminables, viviendo con chicos de su edad y mayores que él, al frente de todos los cuales había un par de hombres o tres y hasta cuatro, grandes y serios que hablaban y castigaban a los que escribían en las paredes o gritaban en la iglesia, o en el recreo, o también cuando de vez en cuando salían por los alrededores, todos formados, en filas de a tres. Entonces aquellos hombres reprendían públicamente a los culpables y les pegaban con una regla ancha que soltaban sobre las palmas de las manos. Iban vestidos todos de igual manera, como si fueran un ejército, con delantales de un gris triste tirando a negro, listado con franjas más claras.

Cuando llegó a aquella casa y comenzó su nueva vida junto a la

mujer de tez pálida y amarillenta, con las greñas caídas sin orden y las manos huesudas y tirantes, en lugar de acostarse tan pronto como en la casa de largos pasillos e interminables corredores, estaba hasta muy tarde sentado en el patio, bajo la luna que parecía, desde allí, fría y helada con sólo verla tan lejana y quieta. Le gustaba estar sentado de aquella forma, sobre los guijos que brillaban en la oscuridad, observando la noche larga y tiesa y el cielo tumbado de aquella manera, como si después del crepúsculo, casi de pronto, se hubiese vuelto del revés y enseñara ahora su espalda toda negra y oscura. Pensó que un día no se iría a dormir para poder contemplar el momento en que el cielo se doblase otra vez, para mostrar su cara limpia, suave, pintada de azul. El tabernero, un hombre redondo y agrio, le explicó que las luces se cambian en el cielo cuando el gallo más madrugador saluda al mundo con el primer grito entonado. Y un día que la mujer tuvo que salir quiso esperar allí, sentado sobre las piedras del patio el grito del gallo que sería, a buen seguro, el momento en que el cielo se daba vuelta por encima del mundo y de sus cabezas. Pero se quedó dormido y despertó ya cuando el sol sacaba su brillante cabeza por encima de los tejados.

A veces oía voces al otro lado de las ventanas y apuraba su oído, sigiloso y vigilante. Un día logró escuchar una conversación. Eran seguramente un hombre y una mujer. La mujer le decía al hombre: «Anda, dale un duro a la Felisa, que la pobre es la que limpia todo esto, luego…» Y ya no pudo oír más porque un camión frenó muy cerca de la casa, al otro lado de la tapia.

Cuando alguien vivía detrás de las ventanas y hablaban y hasta reían también, las persianas solían estar siempre bajas y cerradas; y entre palabra y palabra y conversación y risa había siempre unos largos silencios profundos, que daban al patio y a la casa un instante de intimidad, de secreto y hasta de misterio.

Una tarde de domingo, que era cuando más veces podía escucharse hablar al otro lado de las persianas, pudo ver, asomado brevemente a la ventana, el rostro de una mujer de pelo rubio, el rostro muy pintado, las cejas anchas y muy largas y la boca con una gran mancha de color rojo, como no había visto nunca. Cuando, por la noche, se lo contó al tabernero, éste le contestó que eran primos suyos que habían ido a pasar la tarde en su casa, a merendar y

divertirse.

La mujer, al otro día, le contestó de una forma más vaga, más misteriosa, diciéndole que aquello era el mundo y que no debía mirar nunca por allí.

Nunca más volvió a ver a la mujer de pelo rubio y cejas anchas y largas que le iban mucho más lejos que los mismos ojos.

En una de sus escapadas y salidas del patio supo que aquellas ventanas y la pared y el edificio eran propiedad del tabernero, un hombre robusto y colorado y agrio también, y que la taberna tenía un corredor largo y estrecho, menos largo y menos estrecho que el que había conocido años atrás, no recordaba cuándo, vestido de gris con listas blancas en el delantal. El pasillo era paralelo al patio y a lo largo de él se abrían una serie de cuartitos pequeños, como comedores o así, pero sin mesas y que eran seis en total, como las ventanas que él veía todas las mañanas.

Con todas esas cosas en su haber decidió observar mejor y con más referencias la vida misteriosa y extraña de aquella casa. Y notó que cuando más voces se oían y más silencios extraños había eran los sábados y los domingos y también los últimos días de los meses y en general al atardecer, cuando el sol se marchaba despacito por la izquierda del cielo según se veía desde la entrada del patio. Una noche que la mujer tardó más tiempo en hacer las faenas y la limpieza, oyó una discusión violenta en la tercera ventana. Casi nunca se oían voces timbradas de aquella forma, de tan altas y fuertes como las escuchó entonces. Eran un hombre y una mujer y hablaban, gritando, de dinero y de otras cosas raras que él nunca había oído hablar ni decir y que le llenaron los oídos y la cabeza de extrañas sensaciones, todas ellas muy nuevas y fulgurantes. Luego, más tarde, pudo observar que intervenía la voz del tabernero, autoritaria y recia, y un silencio muy largo y más espacioso que otras veces cubrió casi de pronto el aire del patio y de la casa y también del pedacito de cielo que desde allí cubría todo el universo.

Al día siguiente, cuando muy de mañana salió con el cubo a llenarlo de agua en el pilón que había en una calleja, cincuenta metros más abajo, entró en la taberna y le habló al tabernero de todo aquello. Le contestó, con media sonrisa en los labios, que se trataba de un primo suyo del pueblo muy terco y cabezota que

gustaba mucho de gritar y de injuriar, y que su mujer le había contestado de igual forma. Terminó el discurso el tabernero alegando que él se había interpuesto para que el duelo familiar no llegara más lejos.

A la mujer no le contó nada de lo que había oído la otra noche, porque ella, al revés que el tabernero, andaba siempre con evasivas, malhumorada y con genio y sin muchas ganas de explicarle las cosas. El muchacho también le había dicho al tabernero que si cuando fuese mayor y tuviera mujer y primos y familia podría irse por allí a merendar. El tabernero no le pudo contestar porque en aquel momento entró un tipo bajo, encorvado y con boina capada muy brillante de puro sucia que estaba y que después de silbar un rato pidió una copa de ojén.

Su vida quedaba encerrada entre el muro, la tapia y la caseta que servía de vivienda. Por la mañana salía a llenar los cubos de agua y también de vez en cuando ayudaba al tabernero a pasar el vino de una gran cuba a unos toneles más pequeños y manejables. Pasaban el vino a través de una goma gruesa y grande, de tal forma que tenían que aspirar por la goma y cuando ya tenía el líquido en la boca lo dejaba caer rápidamente dentro de los tonelitos pequeños. De esa manera siempre echaba un traguito corto de vino, de tal modo que luego todo el día le quedaba en la boca un sabor característico y agrio que se notaba, desde lejos, en el aliento más cálido y profundo.

La mayor parte del día lo pasaba en el patio ordenando cajas de refrescos, limpiando las jaulas de las gallinas, echándole una mano en el trabajo a la mujer que, siempre con las greñas lacias sobre la frente y un mohín constante de disgusto o enfado en la cara, se empeñaba día tras día en sacar brillo y chispas a los mil guijos del suelo. La mujer también solía pasar a los cuartitos aquellos, a limpiar, según lo supo una atardecida de abril. Cuando volvía, la bayeta y el cubo en las manos, traía un gesto más duro y siempre solía farfullar palabras ininteligibles, pero que parecían llenas de furor y de rabia. Se plantaba en medio del patio, levantaba la cabeza hasta el cielo y derrumbándola otra vez sobre los bajos de la barbilla, apoyándose en la escoba de palo y hojas duras como de tomillar, decía:

—¡Qué vida! ¡Qué mundo!

Y si el muchacho preguntaba luego algo relacionado con la exclamación, o inquiría qué mundo y qué vida eran ésas, la mujer le respondía casi siempre lo mismo:

—El mundo que está ahí, detrás, el que tú no conoces… pero que nos da de comer.

Al chico le hacía gracia, pero en seguida notó que la mujer no sonreía ni le hacía gracia ni chispa alguna todo aquello. Y pensó que lo mejor sería no decir nada y callarse, y esperar a saber algo algún día, cuando fuese mayor y estuviese casado y con hijos y primos.

Sucedió casi de pronto, un atardecer, que era cuando realmente sucedían las cosas mejores y más misteriosas allí, bajo el pedazo de cielo trapezoidal que se extendía por encima de la tapia. La noche anterior apenas si pudo dormir, por lo que no se encontraba muy bien y le picaban los ojos como si en ellos tuviera arenilla fina. La noche anterior, sentado en el patio, observó cosas extraordinarias y nuevas. Oyó muchas voces tras las ventanas y pensó que el tabernero habría recibido de golpe en su casa gran cantidad de primos y parientes y que a lo mejor se trataba de la mujer de Cantalejo aquella, que tanto alboroto organizó tiempo atrás. Como la luna se reflejaba en los cercos notó las maderas llenas de tuecas blanquecinas, por donde la pintura verde no había podido meterse. Vio también por la tercera ventana, que era la única que tenía los postigos a medio cerrar, las sombras de un hombre y una mujer, y oyó palabras más nuevas aún y risas y ruidos de vasos y botellas, como si bebieran.

Se tuvo que acostar cuando todavía llegaban al patio mezclados con la luz blanca y helada de la noche, palabras y conversaciones y ruidos.

Sucedió al día siguiente como de sorpresa. Vio que llegaban guardias y que recorrían la casa y se metían en los cuartitos aquellos asomándose por las ventanas y luego las cerraban y salían por la puerta inspeccionándolo todo y sellándolas también. Pensó que a lo mejor todo era porque le habían visto la noche anterior observando las figuras, las sombras y los ruidos, y que quizás eso también lo prohibían los guardias además de la mujer de las greñas

y la piel amarilla. Luego, más tarde, los guardias entraron en el patio y registraron la vivienda y los recodos y volvieron a precintar las ventanas, esta vez por fuera, de tal forma que ahora quedaban todas muy cerradas y uniformes, con su verde desvaído y pálido y las tuecas en la madera mostrando su vejez y su ruina. Después le obligaron a salir y le hicieron unas preguntas que no supo responder. Más tarde, ya caído el crepúsculo, el sol llameando a lo lejos, herido de muerte y sin sentido doblando por poniente su redonda cabeza amarilla, el muchacho se encontró en el camino solo y sin rumbo. Quiso volver, pero todo estaba ya hundido en el silencio, casi en sombras. Subió hasta una loma próxima y desde allí miró hacia la izquierda. Quiso distinguir la casa y la tapia y también las seis ventanas alineadas una detrás de la otra, pero un olivo plateado, en cuya copa quedaban embebidas las últimas luces del atardecer, le impidió la visión. Entonces torció hacia levante y se perdió sendero adelante, triste y a punto de llorar. Pensó en la vida y en el mundo y en el ojo del mundo, y lo imaginó cerrado ya, como ciego para siempre.

El secreto

Ni siquiera escuché el ruido. Nada. Solamente sé que de pronto torcí mi vista y vi llegar a un hombre que caminaba lentamente hacia mí. Era joven, muy moreno, con unos ojos duros y penetrantes. A veces, al atardecer y si el día era bueno y fresco, salíamos a la terraza, junto a la carretera y tomábamos el fresco. Mi madre, mis hermanos y yo. A veces nos acompañaba el tío. Los mayores charlaban de sus cosas y nosotros, cansados de tanto andar por el monte durante el día, nos tumbábamos sobre la gravilla del lindero y reíamos y nos contábamos secretos. Era durante los veranos, y cuando hacía una buena tarde y el calor no apretaba demasiado. Pero aquel día los demás estaban dentro, en la cocina. Y yo, después de cansarme por el campo y por el monte, donde crecían hongos silvestres y aliagas de ésas que queman los pastores para calentarse las manos y la barriga, me tumbé sobre la cuneta y estuve así, respirando hondo y silbando, hasta que llegó el hombre y me turbé.

Era de mediana estatura, bien trajeado, sobre todo teniendo en cuenta que estábamos en el campo y no era fácil ver a los hombres vestidos con la corrección de la ciudad. Quiero decir con corbata y todo. A medida que lo vi avanzar me puse a pensar si sería algún representante de ésos que andan por los pueblos vendiendo telas o alfileres para las mujeres. O quizá un agente de ésos que hacen pólizas para la trilla y el pedrisco. Algunos habían pasado por allí en los últimos días y podría ser que aquel hombre fuese uno de ellos. Cuando estuvo a diez metros lo observé fijamente. Tenía una cicatriz muy marcada en la frente y su chaqueta era de color marrón. Me entró temor y quise levantarme y meterme en la casa, pero ya no había tiempo. Había advertido que el hombre venía

hacia mí y las piernas no me siguieron. O sea, que preferí esperar.

Se detuvo cerca, respiró, y me miró fijamente durante unos segundos como si no supiera lo que quería decirme o estuviera pensando cómo iniciar una conversación. Al fin me dijo:

—¿Hay gente en la casa?

Le respondí que sí, con la cabeza. Él dudó unos segundos.

—¿Podrían darme un vaso de agua?

Volví a mover la cabeza en sentido afirmativo. Ya iba a darme la vuelta para entrar en casa, cuando oí que me llamaba.

—¡Oye!

—¿Qué quiere?

Me hizo una seña con la mano para que hablara en voz baja.

—Quería decir si en la casa hay guardias.

Sentí un escalofrío en el cuerpo, por la espalda, pero me repuse y le dije la verdad.

—No. ¿Por qué tenía que haberlos?

No me respondió. Bajó la cabeza como si sintiera no poder explicarme la razón de su pregunta. Estuvimos así, el uno frente al otro, durante unos segundos más.

—Ahora, ¿quieres darme un vaso de agua?

Era curioso. Aquel domingo, en la iglesia del pueblo, el cura, don Marcial, un cura grueso de lentes de alambre, simpático y muy cordial, había hablado de las Bienaventuranzas, y recordé que allí se hablaba de dar agua al sediento. Me sentí lleno de orgullo, le dije al hombre que en seguida se la daba, y en lugar de subir a la cocina y meterme en casa, salté al portón y fui hasta los establos. El hombre se adelantó unos pasos y se quedó allí quieto, junto a la red metálica que separaba la carretera del huerto. Me sentía satisfecho. Aquel hombre tenía algún secreto y además estaba sediento. Si llego a subir a la cocina, me hubieran asediado a preguntas y más preguntas, y es más, mi tío o mi madre, o mis hermanos hubieran salido a ver al desconocido. Quería correr yo mismo la aventura y el riesgo y, sobre todo, poderle decir a don Marcial, el domingo próximo, que había cumplido con la ley, «dando de beber al sediento». Metí un jarro en el pozo. Alcé la polea y saqué el agua. Estaba fresca y transparente. El hombre seguía allí, tieso. Su piel estaba bronceada y el pelo lo tenía peinado hacia atrás, muy estirado y brillante.

—¿Estaba fresca? —le pregunté.

Y él sonrió, mostrando unos dientes blancos, apretados y finos.

—¿Puedes darme otro poco? —me dijo.

Le saqué otro cacillo, que él bebió con glotonería, apasionadamente, como si llevara una semana entera sin beber. Fue entonces cuando me di cuenta de que, por el camino arriba, bajaban hasta la carretera tres hombres. Iban separados como unos cinco metros entre sí y vestían muy parecidos. El hombre sonrió.

—No tengas miedo, son mis amigos.

—¿Sus amigos?

—Compañeros, si te gusta más —me dijo.

Habían alcanzado la carretera y ahora venían hacia la casa. Caminaban lentamente, como antes lo hiciera el hombre.

—Los he llamado yo, ¿sabes?

Yo alcé los ojos mecánicamente y seguí contemplándolos.

—Tienen sed, llevan muchas horas sin beber, ¿les darás agua?

Le respondí con la cabeza, afirmativamente. Aquello indudablemente se ponía emocionante. Yo podría decirle a don Marcial que había dado agua a cuatro hombres. Se pondría contento. Cuando llegaron a nuestra altura los contemplé detenidamente. Dos de ellos eran más jóvenes que el hombre aquel y parecían llenos de espanto y de temor. El hombre les sonrió y les habló en una lengua que yo no conocía. Aproveché la ocasión y me metí en el establo para darles agua. Bebieron con rabia, ansiosamente, sin respirar siquiera ni repostar el aliento. Luego siguieron hablando entre ellos y, de pronto, los tres se alejaron, tomaron nuevamente el camino del monte y desaparecieron por la cresta.

—Entonces estás seguro de que en la casa no hay guardias.

—No.

—¿Vives aquí?

Le respondí afirmativamente con la cabeza. Él me puso la mano en el hombro y me dijo:

—¿Cuánto hay hasta la frontera?

Yo no lo sabía ciertamente. Pero había oído a los mayores que siguiendo la carretera habría unos treinta kilómetros. Por el monte, menos, quizá la mitad. Se lo dije al hombre y se puso a pensar.

—¿Cuántos pueblos hay hasta la frontera?

—Tres o quizá cuatro, no lo sé.

—¿Y hay guardias en esos pueblos?

—En el próximo sí. Pero en el monte no los hay. Salen luego, de noche cerrada.

Nos habíamos aproximado a la cerca, al resguardo de los plátanos que por aquellas fechas tenían unas ramas anchas y grandes, de un verde pálido. Y casi escondían la casa.

—Escucha bien esto, muchacho. Tú no me has visto, ¿eh?

—Sí.

—¿Lo entiendes? Tú no me has visto ni has visto a nadie.

Se detuvo. Parecía preocupado. En la frente se le dibujaban dos rayas profundas que le hacían más ancha la cicatriz.

—¿El camino por el monte es malo?

Yo no había ido nunca. Alguna vez sí, pero no hasta la frontera. No había pasado del río o de las bordas, donde pasta el ganado. Y no lo sabía bien.

—Al principio es bueno, hay aliagas y matas de moras y pacharanes, y algún seto. Pero luego debe ser más difícil.

Me sorprendía mi seguridad al hablar a aquel desconocido, mi firmeza, sin siquiera titubear. Sabía que fantaseaba, pues no habría andado por el monte más allá del nacedero del río. Pero le hablé con tanta seguridad que el hombre se creyó lo que le decía.

—Tendré que probar por el monte. Oye, ¿y guardias no los hay?

—A veces sí, pero de noche. Ahora es buena hora todavía.

Se lo había oído decir a los mayores o a los pastores cuando iban por casa a tomarse un vaso de vino. El hombre me miró fijamente. Se le marcaba la nuez estirándosele el cuello de la camisa cada vez que hacía una contracción nerviosa.

—Tú no has visto nada, ¿eh? Si dices una palabra de nosotros estamos perdidos, ¿lo entendiste, muchacho?

Sí lo había entendido perfectamente. Pero no sabía qué contestarle.

—Es preciso que te calles, ¿eh? Te doy las gracias por el agua, pero sería bueno que te olvidaras de todo esto; si nos cogen los guardias será porque tú se lo has dicho, pero tú no dirás nada, ¿verdad?

Sonreía. Me puso la mano sobre los hombros. Eran unas manos duras, correosas, morenas y encallecidas. Al poco lo vi partir,

oteando el horizonte, con paso calmoso. Se retiró al lindero y desapareció por el camino. Al doblar un seto, se volvió y me miró, tieso y quieto. Yo estaba inmóvil y me temblaba el cuerpo. La luz del atardecer me cegaba el rostro. De pronto el hombre desapareció y el sol se desplomó en el horizonte.

Aquella noche apenas si pude dormir. Me desperté dos veces y siempre se me aparecía la figura de aquel hombre, plantado delante de mí. Lo veía amenazante, con el entrecejo fruncido y los ojos más duros e inescrutables que antes. A la mañana siguiente muy temprano salí al balcón y bajé a la carretera pensando que a lo mejor podían volver. Apenas si hablé con mis hermanos o con los mayores. Sentía deseos de hablarles de aquello, contarles cómo había sucedido. Al mediodía vino a casa don Marcial y a punto estuve de contarle lo de las Bienaventuranzas. Me contuve por puro milagro y me marché a pasear. Comencé a darle vueltas a la cabeza imaginando quién podría ser aquel tipo. Recogí moras y pacharanes que por aquella época comenzaban a madurar, mostrando el fruto azulado y duro. Cuando regresé a casa había varios guardias hablando con mi tío. Pasaron a la cocina y yo quise saber lo que hablaban, pero no pude enterarme. Me entró miedo en el cuerpo y bajé al establo, pensando que en cualquier momento empezarían a preguntarme cosas sobre aquellos tipos. Así estuve todo el resto del día, vagando por la casa, sin hablar con nadie, escondiendo aquel secreto que me quemaba la sangre y el pecho. Los guardias salieron y después volvieron a entrar. Por fin los vi alejarse por la carretera. Y me tranquilicé un poco. Apenas si comí aquel día.

Al atardecer salieron todos a tomar el fresco. Había hecho un día caluroso y seco, pero yo ni siquiera me di cuenta. Tan preocupado estaba. Había en el horizonte una línea rojiza y cárdena y el sol parecía una naranja colgada en el vacío. Los mayores predijeron unos días de bochorno. Y yo fui a sentarme a la cuneta, sobre la gravilla que habían abandonado unos peones camineros hacía lo menos dos semanas. Aquella tarde no hablé con nadie ni reí las gracias de los primos.

Aparecieron de repente. Iban los tres hombres con otros tantos guardias y unos pasos más atrás caminaba el hombre aquel con dos guardias a ambos lados. Avanzaban despacio, por la carretera. Al pasar junto a nosotros, bajaron sus cabezas. Yo tenía miedo y me

puse a temblar. Luego, como a unos seis metros, pasó el hombre aquel y los dos guardias. Me pareció que al llegar a mi altura se detuvo. Yo tenía los músculos agarrotados. Me clavó su mirada. Recordé lo que me había dicho el día anterior: «Si nos cogen será por tu culpa, porque tú lo has dicho…» Pero yo no había dicho nada a nadie, ni siquiera a don Marcial. Y sin embargo, el hombre aquel, ahora, me clavaba su mirada, acusándome. Y yo seguía temblando, junto a la casa.

—Son portugueses, de los que quieren pasarse a Francia, a trabajar…

Dijo mi tío, y yo cerré los ojos. Sentía un mareo y los músculos me los notaba tensos y duros. Me sentía culpable sin saber el porqué.